

**LA
PIEDRA
DEL
PUEBLO**

EFRAIN BARQUERO

EFRAIN BARQUERO

LA PIEDRA
DEL PUEBLO

1951-1953

EDITORIAL ALFA
SANTIAGO DE CHILE

Las palabras se gastan en el uso, el sentido se fuga de las formas, la poesía —demasiado usada— se demuele a sí misma. El poeta de época se enreda en las frases como el pez en la red, agoniza fuera del agua, el aire lo aniquila. Así salen poemas de papel, interminablemente enrollados y enrarecidos, de moda oscura, poemas sin piel, sin manos, sin objeto.

La poesía de Efraín Barquero tiene cuerpo. Es un material rico, una reconstrucción según las leyes de la vida, con palabras, con frases que parecían inútiles y que a su reclamo vuelven a brillar como espadas, relucen como el vino, se transforman en piedra, elevan otra vez la dignidad del canto.

Este poeta abanderado puede enseñar poesía pura a un regimien-

to de oscuristas, pero prefirió la transparencia y con ella algo más: la poesía.

Nadie puede dudarle, este tono no engaña, quien toque este libro lo sentirá respirar como un ser vivo, y luego se lo llevará este viento de la poesía, arriba y abajo, hacia el mar y los bosques, hacia las vidas del hombre.

La naturaleza y el pueblo se mezclan en la poesía del joven Efraín formando una unidad a menudo victoriosa.

Poeta de clase, popular, campestre y campesino, pone su devoción en los oficios, en las luchas, en los desamparos del pueblo con la naturalidad y el orgullo de su origen.

Por eso este libro es luminoso y augura un nuevo esplendor a la poesía de nuestras tierras americanas. Paso a los poetas verdaderamente jóvenes, sin tinieblas ni monserga subjetiva. Efraín Barquero es un poeta de la verdad.

Su canto de hoy, matutino, se impondrá con sonora certeza. En su destino hay agua y hojas, fulgor y amor, combate.

En este minuto en que los oscuros se oscurecen hasta desaparecer llega a nosotros Efraín Barquero recibiendo en su fino rostro y devolviéndola en su canto, la claridad del pueblo.

PABLO NERUDA

Los Guindos 10 de noviembre de 1954.

LA TIERRA

HERMOSURA, DOLOR Y ESPERANZA DE LA TIERRA CHILENA

LA TIERRA tiene un movimiento de peón a minero,
de pescador a pastor, de albañil a poeta.
Y tiene un sonido a electricidad y a nervios,
a letra y a beso, a metal y a trigo, a telar y a imprenta.
Y un color de cebolla rosada como el alba.
Y un olor a sudor y a madera, a papel y a jacinto,
a salitre y a leche, a semen y a polen, a pescado y a miel.

La tierra tiene cuatro apellidos. Hace cuatro estaciones
del mismo brazo laborioso del hombre.
Y tiene un traje de novia eterno como el agua,
unos zapatos con hebillas de soles y de lunas,
un delantal de raíces para arrodillarse en su casa,

una estera de musgo para pensar en su amado,
una colmena de días para averiguar el aroma,
una ventana azul para peinar su follaje crecido,
una silla de paja para alcanzar los duraznos,
una canasta verde para pasear por los caminos,
y un carretero viejo como las piedras
que la lleve de fiesta a los mercados,
vestida de arpillera y lavada con rocío,
y un mozo moreno que le rodee la cintura
y que baile con ella en las vendimias o en las trillas,
y que la haga suya desgarrándola de todos los surcos
para llenarla con una violenta ráfaga de lluvia,
y un momento de amor, y un momento de otoño,
para multiplicarse en nuevas primaveras.

Pero la tierra tiene también un gusto a lágrimas y a sangre,
un pulmón perforado, una costilla rota,
y tiene una tos que hace temblar el invierno,
un desgarrar doloroso en la boca de las minas,
un sudor excesivo que oscurece las sábanas del cielo.

Pero la tierra tiene también la marca de los grillos,
las mejillas moradas, la boca partida,
los días negros como lóbregas paredes.

Pero la tierra tiene también la sed y el hambre,
y más que eso, y más que nada, y más que todo,
un hermoso, un terrible, un voraz apetito,
que la hace crisper los puños y enrojecer los ojos,
haciendo crujir los días como articulaciones,
haciendo palidecer el sol como una nube de pólvora,
haciendo rugir el viento como una maza en la punta de un látigo.

Pero la tierra tiene también apetito de venganza
y dolor de esperanza!

EL PAN

EL HOMBRE busca el pan con un esfuerzo sobrehumano.
Dando saltos inverosímiles hacia el cielo,
con pesados andamios llenos de materiales
que alcanzarían para construir dos veces la tierra.

Sigue vetas imposibles más allá del espacio,
reteniendo la respiración aun donde el aire explota,
escarbando montañas más viejas que el tiempo,
descansando mucho menos que el sol, mucho menos que el agua,
más húmedo y solo que los metales hallados.

Es blanco el pan, es familiar como la madre;
pero él cuando lo encuentra después de un día de siega

o después de hacer un surco en el pecho del sol,
hundiéndose hasta la cintura en su materia candente,
lo descubre negro como un resto de desgracia o incendio,
lo tacta duro como si su dolor ya lo hubiera forjado,
lo gusta amargo como si lo hubiera avinagrado su fiebre,
lo siente triste como si lo llorara su cuerpo envejeciendo,
lo calla, avergonzado, como si todos sus hijos lo pidieran,
lo deja, tembloroso, como si se tocara su carne maltratada.

Este es el pan que desborda las bandejas,
y que en vez de dolor tiene gusto a mermelada,
y que en vez de sudor lo sirven en la boca
con delicadeza a toda hora los criados.

Esta es la historia del pan, la triste historia del pan,
pero el dueño de la hamaca lo muerde con despreocupación,
el invitado de honor lo parte con desgano,
y el niño consentido lo pide en forma de juguete.

Este es el pan, el terrible pan, el pan
que se esconde sobre el tiempo y debajo de la tierra,
el pan que alcanzan algunos después de quedar ciegos,
o perder ambas manos, o reventar en sangre.

El pan fino, el pan injusto, el pan
que encuentran otros con sólo perfumarse las manos
y ponerse un mágico anillo de piedras preciosas,
arrancándolo como por encanto de distracción o de robo
del canasto descuidado de la tierra atareada.

MISERIA

COME el polvo de las calles, bebe el sudor de tu frente,
respira el estertor de tu mujer agonizante,
tiéndete entre las piedras y tápate con la lluvia,
levántate con noche y comienza de nuevo:
es lo que ordena el régimen y prescribe la ley.

Trabajo, mucho trabajo, para que no se despierten
tus groseros instintos de la rebeldía
y para que seas más puro y más respetuoso.
Agacha, pues, la cabeza, besa el polvo de la tierra,
y acostúmbrate a filosofar que sólo polvo serás;
pero polvo en vida mientras amas y luchas,
miserable polvo rechazado y sacudido

como un saco de desgracias y de tuberculosis.
Polvillo de carbón acumulado en tus pulmones.
Residuo de trigo para tu estómago vacío.
Emanación de ácidos para tu boca ulcerada.

Cepilla la madera, y confórmate con las virutas.
Fabrica pan, y recibe la sollamadura del horno.
Amontona los frutos, y cómete las cáscaras.
Ponte silicoso de puro entusiasmo laborioso,
y encamínate al Seguro de mañana en mañana,
y muérete esperando,
que si no pueden descontarte a ti los días que has faltado
al trabajo,
porque, sin avisar, te has muerto de repente,
¡se los descontarán a tus demás compañeros!

Polvo, polvo serás de cualquier modo,
pero polvo antes de tiempo y con crueldad,
pero polvo ultrajado, inmundo polvo que asciende
cuando cae un hombre traicionado por otro.

Ceniza serás, pero ceniza sin haber jamás
ardido ni amado, brillado ni vivido.
Ceniza opaca y miserable y fría es tu destino,
ceniza sin haber conocido ni el amor ni el fuego,
ceniza sin recuerdos, sin nombre en el viento,
más sola que la bruma,
más triste que la nieve,
más amarga que el trigo azumagado,
más dolorosa que el hierro enmohecido,
más pobre que la cal de los míseros huesos,
más fría que la muerte si dejara un residuo.

Estoy lleno de símbolos de carne y hueso,
y mi canto es una fábrica terrestre
donde los versos padecen y se afanan
con la misma intensidad que los hombres.

Mi poesía nace de una dura jornada,
y es un producto conmovido del tiempo
que conoce el sinsabor de los pobres
sometidos por una vida injusta.

Mi voz no está suavizada por alfombras
ni tiene la prosodia almidonada
ni anda con el acento a la última moda.

Más bien es la exclamación ofendida
que se traga en un sollozo las últimas letras.
Más bien es una construcción de madera
golpeada con resoplidos y martillos.
Más bien es la cacofonía molesta
de un tísico ahogado en sangre machacada.

Yo no escribo con drogas ni con plumas de cisne,
ni resbalándome por pisos encerados:
casi siempre me dejo llevar a empellones
por la inspiración rechazada de un mitín.
Muchas veces es un obrero accidentado
el que me hace pensar desordenadamente
en lo esencial de la vida y de la muerte,
mientras corro a su lado con mis páginas
en blanco para estancar su sangre.

En realidad mis palabras casi nunca sonríen,
casi siempre andan apuradas,
y no siempre huelen bien:
pero mirad mi barrio lleno de estatuas de martirio,
escuchad lo que le confiesa el trabajador a su esposa,
preguntad de qué se alimenta el estudiante pobre,
entrad en una mina o en cualquiera parte
donde el hombre domine la materia,
y sabréis que no es su camisa la sucia
sino que son sus pulmones desgarrados,
los que ya no podrán lavarse
ni con todo el oro del mundo.

LANZAMIENTO EN INVIERNO

ALLÍ VAN, míralos, conócelos, se han levantado siguiendo el rastro de algún desesperado, pronto caerán sobre algún pequeño arrendatario, rodearán su bosque familiar, acosarán su sierva dulzura, alargarán el hocico untado con despreciables razones, encenderán el puro, toserán para hacer sonar sus llaves infernales y ¡zas!:

quedará tendido en la vereda
el cuerpo palpitante de una humilde familia,
con su cabeza triste de padre avejentado,
con sus ojos agrandados de niños interrumpidos en el sueño,
con su vientre de madre embarazada y convulsa
que abortará al caer de bruces en medio del invierno.

Son formidables tiradores. Han heredado su onic al acoplarse el cuervo con su crueldad ancestral, como una gran perra negra de un solo ojo y de lengua de víbora, y la han amaestrado de tal forma que han hecho de la tierra una larga cacería, porque huelen presas en todo lo que anda y produce, de manera que los seres han llegado a ser sólo posibilidades de este olfato sangriento, y terribles esperas de este negro destino, o simplemente aplazamientos.

Ahora pasarán al club a comentar la caza. Aman esta confrontación diaria de crueldades, les gusta competir con sus mochilas y sus tripas, limpiar la huella de sus garras con copioso whisky, afeitar su maldición con grandes propinas, y, sobre todo, recordar la ciudad trabajando, o el domingo cuando el obrero ha vuelto después de la eternidad de una semana, y se sienta en la puerta entre sus chiquillos: cuánto ama esta escena, el maldito, recuerda cada gesto, cada palabra inocente, el ruido de la mujer en la artesa, el sueño del quiltro amodorrado, el nombre que le pondrían al que nacería pronto, recuerda todo, todo, porque él turbaría esta paz, ensuciaría este amor, arrebatría este descanso, endurecería el pan recién comprado, avinagraría el vino. Qué condición de cazador de la muerte. Qué entrega total a su aptitud de maldad. Qué amaestramiento más perfecto de tigre. Todo, todo lo recuerda, el escalofriante: el lanzamiento a la calle, las mejillas caídas de la madre como pájaros muertos, las sombras del crepúsculo, la llovizna cayendo, el llanto de los niños, el abatimiento del padre, la noche más allá, más acá, en todas partes, las alas de la muerte abiertas sobre el grupo temeroso y cansado, las alas pegajosas de la muerte cruzando con graznido de invierno.

ODA AL BURGUES

CADA día es una mano que te llama
con un signo angustioso, pero tú bajas la vista
y pasas. Vas pensando en ayer,
y si hay niños hambrientos que te obstruyen el paso
le das la vuelta al mundo en tu yate
para no perder el hilo azul de tus sueños.

No quieres pensar en la pobreza. Son tan sucios
los seres que piden un mendrugo. Es tan agrio
el olor de las viviendas que albergan mucha gente.
No puedes soportar la salida de las fábricas:
es un río de sudor y de aceite quemado
que tú no comprendes cómo puede pasar

tan cerca de tus casas. No concibes tal olvido de hermoseamiento y de higiene: "para éso hay cierta red de alcantarillas". Los deshechos de la materia elaborada, como ser ciertos obreros terrosos por la tisis, no debe conocerlos el cliente de buen gusto: "para éso debería crearse lo más pronto un servicio igual a las letrinas".

¡Y qué decir de los mitines!, piensas cómo pueden preocuparse del azúcar y la leche en un día tan azul y beatífico cómo es el domingo, día consagrado a tu Dios que nos ha hecho la merced de dividirnos en dos castas: así mientras tú te has posesionado de las tierras para albergar completamente al Dios de las cosechas, y para que el trigo que no vendas, lo pudras, y lo conviertas en incienso. Así mientras te acercas a tu Dios y de banquete en banquete hablas de "Su" omnipotencia, sin reparar en comprarte un traje cada día para probar "Su" bondad infinita, sin escatimar agravios y maltratos para mostrar "Su" poder ilimitado. Así, mientras tú mantienes vivo el culto, hay gente que debe trabajar sin descanso y tener hambre y sentir frío y gemir, para que existan entonces los pecados de rebelión y de blasfemia, de ira, de sindicato sin previa consulta, de fraternidad temeraria, de esperanza sin ningún permiso, pecados, en fin, horribles pecados de ser pobre y no conformarse con su infierno, pecados que tú conoces muy bien, porque tú mismo los creaste para asegurarte las entradas del cielo y también las comisiones del infierno.

TUBERCULOSIS

TUBERCULOSIS, calla tu risa cascada,
retira de nuestro cuello tus dedos de pústula,
no nos machaques más con tus piedras ardiendo.
Basta. Basta mercenaria maldita y sangrienta.
Ya has cumplido las órdenes. Basta. Déjanos.
Ya has envenenado el agua y el viento
y has desparramado humedad por todas partes,
ya has escondido el pan y la leche
y has aumentado las horas de trabajo,
ya has conseguido que todos entremos
a empujones de cesantía o de miseria
en las cámaras lóbregas de tus conventillos,
ya hemos salido todos del taller y la mina

y hemos caído en tu emboscada,
ya el padre tiene quince años de trabajo
y la madre está embarazada de nuevo,
ya es invierno y has apagado el fuego,
ya has estrujado los pechos maternos
y has roído todos los vestidos,
ya te has tragado las fuerzas del obrero
y has quebrado la risa de los niños,
ya has roto tus paquetes de microbios
y has untado las paredes con tu lengua viscosa,
ya te has puesto tus guantes podridos
y has calzado tus azumagados zapatos.

Todo está listo en la vivienda desolada:
a las ventanas les has vendado la boca
para que no puedan invocar al sol,
y a las puertas les has hecho agujeros
para que a una señal de tus garras
entre aún más humedad y frío.

Todo está listo. Silenciosamente,
has echado tus ropas infectadas
hasta colmar los bordes de la artesa
para que la madre sorba completamente
tu aliento venenoso, y luego dé de mamar
al hijo más pequeño. Silenciosamente,
has escupido por entre tus dientes larguísimos
una bolita de pus en la puerta
para que los niños jueguen y se la lleven a la boca.

Todo está listo, y es invierno y llueve.
Y has corrido a la salida del trabajo
para acechar al padre. Todo está listo.
El hombre ha salido, enfermo ya,
y tú lo has golpeado por la espalda
haciéndolo sangrar por boca y oídos,
y le has enterrado profundamente
los dientes en las cicatrices débiles,
y has apurado su corriente sanguínea
para que se desangre de una vez,
pero lo has arrastrado hasta su casa
hablándole al oído tu inmundicia,

saipicándolo con tu risa purulenta,
golpeándolo con tu tos infernal.
La mujer ha entreabierto la puerta
y tú lo has golpeado por última vez
para contaminar todas las cosas.
Pero no te has ido, sanguinaria,
y te has sentado al lado afuera
para reírte toda la larga noche
con esa voz estertórea y maldita.
Y tampoco te has ido a la mañana,
y te has instalado por un tiempo
para abastecer de pus suficiente
a tus víctimas postradas,
y para que no merme la fiebre
con que los abrasas vivos,
para que haya tos de sobra
y no falten los largos lamentos
en medio de la noche solitaria,
para que no falte el menor sufrimiento,
porque a ti, mercenaria horrible,
te pagan demasiado bien,
y debes cuidar hasta el último estertor
para que tu misión resulte perfecta.

LOS DESHEREDADOS

Somos los hijos de la lavandera y del tísico.
No tuvimos infancia ni escuela ni cuarto.
Hemos dormido siempre en el suelo. Hemos andado
siempre con la cabeza gacha. Hemos recibido
siempre el nuevo sol detrás de la miseria.
Nunca hemos mirado sin remordimientos el pan,
porque sabíamos que otros quedaban sin comerlo.
Así, entre los vómitos oscuros del padre,
y la tierra agotada de la madre, más
los desperdicios que arrojaban las fábricas,
cualquier día hemos nacido, no recordamos cuándo,
porque hace una eternidad que sentimos frío.
Cualquier día hemos nacido, no recordamos dónde,

porque hace una eternidad que vamos sin rumbo.
Cualquier día hemos nacido, no recordamos nada,
porque hace una eternidad que no vivimos.
Somos los desheredados de la tierra. Nuestro destino
es no llegar. Nuestro destino es andar, andar,
para irnos borrando entre las piedras del camino.
Nuestro nombre no lo conoce nadie,
porque la pobreza consta de una sola palabra.
De puerta en puerta vamos sin llegar jamás
a entrar en nuestra vida. De golpe en golpe
vamos sin caer jamás definitivamente.
El día vuelve, la noche pasa, y nosotros
estamos donde mismo. Somos los desterrados
de nosotros mismos. Vivimos como ánimas hambrientas,
mirando desde afuera de nuestros ojos puros
cómo alguien ha ocupado lo que nosotros abarcábamos,
palpando desde afuera de nuestras manos fuertes
cómo alguien ha tomado lo que nos pertenecía,
sintiendo desde afuera de nuestro corazón
cómo alguien ha robado nuestro ser
para no ser
y enriquecerse.

EL ODIO

A VECES mi corazón se llena de odio
y mis labios se tuercen en una mueca horrible,
y mis ojos enrojecen como si me rodeara
la extensión devastada de una tierra yerma.

Entonces mi frente se ensombrece
como una interminable bandada de cuervos,
y ya no puedo desear sino tumbarme
como un pantano a maldecir el agua.

A veces el odio se me pega en cualquier casa,
al doblar una esquina, al dejar un asiento,

y ya no puedo apartar su telaraña
como si el viento la tejiera incansable
y el sol la segregara como una inmensa araña.

Yo no sé por qué esta sarna inmunda
me persigue a veces los sueños,
cuando los pongo en la palma de la tierra
o los deslizo por un rostro limpio.

Yo no sé por qué esta niebla hedionda
nos aparta a cada uno de nosotros,
cuando en los brazos tenemos la parte del sol
que nos dieron para traer al mundo.

Yo no sé por qué esta negra espina
reemplaza en mi corazón a una caricia,
y en mi dolor reemplaza a una promesa.

Así como el albañil para elevar el trono
tuvo que ascender para caer disuelto,
así como el minero para buscar el oro
tuvo que bajar a preparar su tumba,
así como el peón para regar las tierras
tuvo que desangrarse más allá de su sangre,
así también encontraron una vida
que los librara de sus remordimientos,
y nació la lavandera,
la pureza pobre,
la lluvia triste,
el canasto fatigado,
la escobilla desvelada. La mujer que tendría

que azular la vergüenza, la perversión, la pus,
refregándolas con sus mejillas sanas,
desaguándolas con sus ojos límpidos,
estrujándolas con sus caricias suaves,
secándolas con el calor de su boca,
aplanchándolas con un recién nacido.
Así esta pobre lavandera proletaria
fué perdiendo uno a uno sus hijos
al ocupar la leche en blanquear la inmundicia,
fué haciéndose vieja y decrepita
al ocupar su sangre para regar la carroña,
fué poniéndose tísica al respirar cada día
las intimidades más soeces y viciadas,
fué curvándose en la artesa poco a poco
como si quisiera defender a sus hijos
del aliento de la muerte, como si quisiera
salvarlos de esta boca desdentada
que la iba tragando con su saliva viscosa,
con su lengua de ropas pervertidas,
con sus encías de pústulas horrendas,
con el hueco de la artesa diaria,
con la boca de la muerte
sucía.

EL LIBRO DE LA VIDA

LA VIDA es un libro que debo leer enteramente. Me han dicho que es trágico, que el minero, el albañil, el modesto empleado, el profesor, el pequeño comerciante, que construyen sus páginas con su trabajo diario, deben morir de tuberculosis o accidentes para que el final resulte ameno a ciertos seres que lo poseen todo, que lo han gustado todo. Y cuya sensibilidad se ha refinado a tal extremo por el tacto de la seda, por el gusto de los cócteles, por el aire acondicionado y perfumado de tierras y millones, que ya no se contentan con los sucesos ordinarios, y desean que los trabajadores que cruzan sus balcones hagan papeles más variados: se suiciden lanzándose

desde un noveno piso, se hagan viejos de la noche a la mañana, enfermen de repente, sean despedidos del trabajo.

Y, sobre todo, que coman menos todavía, que duerman menos, para que caractericen mejor su tragedia, para que sus días tengan cierta atmósfera de infortunio inexorable "tan necesariamente artística", para que haya, en fin, más naturalidad en su terrible muerte, más compenetración con el destino más adverso, condiciones todas tan esenciales para sacarlos de su diario aburrimiento, y para que su agudo sentido de la belleza no se embote y su ocio tenga un fin: ¡el de soñar!

Así es la vida: un libro de capítulos amargos, creado para que gocen los que no toman parte en él, para los que tienen toda la vida para sentarse a leerlo, para los que tienen la maldad de instruirse en su injusticia, para los que tienen la muerte para cada uno de sus días.

Libro cruel, donde trabajar toda la vida no basta para morir en paz, donde los mejores penan, donde tener hijos es aumentar el número de esclavos, donde labrar la tierra es multiplicar la miseria, donde adquirir pureza es atraer el desprecio, donde entrar en una mina es arrojarse en la desdicha, donde luchar no es siquiera suficiente.

Libro inmundo, escrito para tan pocos, donde el obrero muere!

NO ESTOY EN PAZ CONMIGO MISMO

NO ESTOY en paz conmigo mismo.
Siempre los veo construyendo y cargando
panales en los edificios y sacos generosos,
y no he hecho nada por que tengan algo propio:
una puerta por donde pudieran entrar a la noche,
que ellos mismos hicieron al trabajar todo el día.
Una ventana que pudieran abrir
para llamar desde adentro de su corazón
y no desde el frío a los que pasan.
Una mesa donde estuvieran esperando
las legumbres saludables, regadas por su sangre,
los pescados lejanos, rescatados a la muerte,
los panes esenciales, amamantados por sus madres,

los frutos asombrosos, educados por su mano,
las flores hermosas, vestidas con el traje de sus hijas,
en fin todos los hijos de su amor y su desvelo
que alguien roba en la noche de su lecho con la tierra.

Este remordimiento me pesa con sus cuerpos cansados.
Esta vergüenza me sangra con sus pulmones heridos.
Este frío me muerde con sus cuerpos desnudos.
Esta soledad me acosa con su vejez acorralada.
Este dolor me quema con sus noches sin fuego.
Esta voz me ensordece con su silencio humillado.
Esta vida me espanta con su muerte sin haber vivido.

Cómo adelantarme a su miseria, y retenerla,
abriendo inmensamente los brazos,
y confundirla,
mirándola desde todos los niños,
y amedrentarla,
callando con todas las ofensas,
y avergonzarla,
rodeándola con todos sus verdugos,
y enternecerla,
descubriéndole todas las canciones!

Ya nunca más podré vivir tranquilo
hasta que no los oiga encontrarse con su vida extraviada,
y reír con el sol en los ojos de sus hijos salvados,
y cantar con el viento en la boca de su amada vendida,
y esperar con los árboles los frutos ganados por su esfuerzo.

QUIEREN hacer de cada casa un ataúd,
de cada surco una fosa, de cada día un entierro.
Quieren que el sol doble como una tétrica campana
y que en vez de raíces hayan miembros pudriéndose,
en lugar de canciones, aullidos de horror.
Quieren que todo tenga un olor a incienso
y una inmovilidad de desgracia irreparable.
No quieren contemplar los trigos amarillos
ni ver a nadie deslumbrarse ante una rosa:
sólo desean la media luz de los velones,
la marchitez del templo, el color de la asfixia.

Tienen tanta muerte en sus carnes reseca,

tanta podredumbre acumulada en sus vísceras,
tanto escalofrío en sus mejillas moradas,
tanto fuego mortecino en sus pupilas,
que encuentran corto el tiempo para llenarlo de estertores,
y pequeño el mundo para cubrirlo de cruces,
y angosto el océano para colmarlo de carroña,
y alegre el osario comparado con sus almas,
y la vida insuficiente para la totalidad de su muerte.

No quieren que la primavera vuelva
ni que el riego cante ni que el sol endulce.
Sólo quieren acostumbrarnos a su hedor
y que amemos entre todos los brotes
los hallazgos macabros, los sepulcros abiertos.
Quieren que la tierra tenga en vez del mediodía
el sol pestilente de un copioso hormiguero,
en lugar de la sombra frutal de los árboles
una nube de cuervos disputándose un muerto,
en lugar del alba de limpias mejillas
la fría viscosidad de los murciélagos,
y en vez del dulce cosquilleo de la sangre
un sucio palpar de escarabajos.
Eso quieren.

CIRCULAD, CIRCULAD

ESTÁ vedado todo:
la letra, el pan, el vino.
Frente a cada hora hay un guardia
que nos dice: ¡circulad,
hacéos humo, moríos,
que dentro están sentados a la mesa,
y no debemos alterar el viento,
porque la injusticia tiene
la digestión difícil.

¡Circulad, barred las calles,
lustrad las botas, pintad las casas,
para que la atmósfera brille

lo mismo que una joya,
que los amos salen en este momento
a dar su paseo cotidiano,
y deben alfombrarse las calles
con el cansancio más sobrio,
y deben perfumarse los mercados
con la desventura más dulce,
y deben adornarse los árboles
con heridas recientes,
y deben alzarse veloces palacios
para que puedan entrar ellos
en cualquier sitio a descansar,
aun donde hay casas obreras
habitadas, en los rincones
donde hay sencillos artistas
tejiendo canastos de mimbre
para criar el pan sagrado,
o esenciales cunas ante los rostros
enamorados del sol y de la tierra.

¡Circulad, circulad, circulad,
aún de los resquicios, de las últimas
grietas donde el trabajo tasca
con boca desdentada, del hueco
más sombrío donde crece
la florecilla desvaída de un niño.

¡Circulad, circulad, circulad,
lanzáos a la calle pronto
con todas vuestras tristes cosas,
empujad a la muerte a vuestros tísicos,
tirad lejos los recién nacidos,
quebrad vuestra olla con comida,
arrojad la mercancía al fuego,
desalojad el aire pronto,
la luz, el amor, la esperanza,
desalojad la miseria, los piojos,
que los señores quieren refrescarse
precisamente aquí, a sólo
algunos metros de sus innumerables
mansiones, y hay que echar abajo
todo esto en dos minutos.

¡Circulad, circulad, circulad,
o mejor, ¡ayudad, ayudad,
tirad pronto vuestras cosas, vuestros niños,
y ayudad, prended vosotros mismos
el fuego de que carecisteis en invierno,
pero "más rápido", "con más valentía",
y "nada de lágrimas", ¡"no parecéis patriotas"!
Ayudad, haced desolación,
traed madera perfumada,
conseguid los más finos celajes,
cargad un pedazo de glaciar
para el cóctel, traed todas
las corolas de la primavera
para emplearlas como copas,
con todo el cansancio de la tierra
haced rápido una hamaca,
¡trabajad, trabajad, trabajad,
embaldosad el suelo con estrellas,
y apuráos, que los embajadores se inquietan,
batid el aire con los brazos,
cubrid los frutos de lágrimas
frescas, y terminad, agotando
el esfuerzo de toda vuestra vida,
con esta fina glorieta improvisada
para que los amos descansen
un segundo. ¡Ya está!

LAS CUENCAS DE CHILE

DE NOCHE no me guían las estrellas ni las calles de esplendor
ni el recuerdo de mi infancia ni los últimos diarios:
me guían los ojos espantados del Mapocho
donde arde una fogata circundada de ojeras tenebrosas,
un enloquecido fulgor más allá de la muerte y de los párpados,
una mirada profunda sin pestañas ni sueño,
una pupila sin esperanza ni blanco,
una cuenca por donde se ve la noche inmensa y vacía.

No hay nadie,
no existe nada cuando los niños del Mapocho
nos miran desde abajo de los puentes con esa fogata.
Es como si hubieran descendido a lo más hondo de la tierra

y de ahí nos miraran para decirnos: ¡nunca!
Es como si se movieran por los vericuetos de un cerebro vacío,
arrastrando y golpeando sin encontrar sentido,
y se hacinaran por último en la soledad de todo
como un grupo de muertos cansados,
para prender fuego y restregarse el frío de la nada,
para tirarse a dormir y restregarse la pesadilla del tiempo,
apuntándonos el ojo de su fogata tenebrosa
desde la cuenca inmensa y vacía de la noche.

Fantasmas tristes de mi Patria, muertos dulces y hambrientos,
es verdad,
no existe nada si vosotros no existís,
si sois la pesadilla de estómagos ahitos,
si seguís siendo el sueño perverso
del cerebro melancólico y morbosos de seres
que han agotado la salud de la tierra
al llevarla de sarao en sarao, de infamia en infamia.
De gentes que han escondido su remordimiento y su odio
en el fondo de las minas y en la caja de los bancos,
de vientres pesados como máquinas obsenas
que han buscado la fuerza del trabajo para sus largas digestiones,
de nalgas amoratadas como lunas de peste
que se inyectan cada noche la cocaína de nuestra pobreza.

COMO LA MUERTE DE LOS ARBOLES

EL PUEBLO, creo en el pueblo. Sé que su rostro es duro, porque pisáis sus raíces y le quitáis el agua. Sé que su boca es amarga y su frente es sombría, porque lo habéis acorralado en los últimos rincones y le habéis tapado el sol con los inmensos bancos. Sé que para vosotros le han brotado espinas, y le han florecido sanguinarias flores, y se ha cubierto enteramente de polen pétreo. Pero mirad cómo a toda hora lo estrelláis con vuestros autos, lo rodeáis de poblaciones callampas, lo cubrís de latas vacías, lo ahogáis de inmundicia, le quebráis las ramas con el peso del trabajo, le quemáis las hojas con el sudor y el humo, le dobláis el tronco con vuestras ambiciones,

le picoteáis el corazón hasta empaparle en sangre,
le negáis el viento, le espantáis los pájaros,
y encima lo maltratáis porque quiere morirse,
porque al sacudirlo una y otra vez no tiene ya
sino el rostro arrugado y los huesos deshechos,
no tiene ya sino hojas comidas por los piojos
y algunos harapos del traje de su primavera.
Está acabado. De su boca roja entonces,
salen ahora esputos colmados de hormigas.
En sus ojos grandes hechos para mirar el cielo,
entra ahora la vejez como un gran escarabajo.
En sus brazos fuertes para sostener todos los frutos,
cuelgan ahora hilachas de dolor y bruma.
Va a morirse, pero vosotros no lo dejáis tranquilo,
no le perdonáis la muerte, como entonces,
no le perdonasteis la vida. Va a morirse,
va a morirse en medio de la soledad más inmensa,
va a morirse entre las piedras y bajo la lluvia,
sin nadie a su lado que lo mire fijamente
como haciéndole señas y alumbrándole un poco la muerte.
Va a morirse solo, sin anillo, sin verde a su lado,
porque vosotros aplastasteis todos sus renuevos
al sacudirlo sin tregua, secasteis todos sus hijos
al mantenerlo rodeado como una nube negra.
No le perdonasteis ningún anhelo o semilla,
ninguna brizna de amor para formar un nido,
ningún pájaro que diseminara su sangre,
no le perdonasteis ninguna flor que demorara un poco,
como un ave de presa que se apurara en engullir
todos los frutos. Ahora va a morirse,
va a morirse solo el árbol laborioso,
bajo la sequía de vuestros ojos voraces,
mordido por la maleza de vuestros corazones,
entre el desierto de vuestras carnes estériles.
Va a morirse el obrero encima de sí mismo,
con la cabeza apoyada en su desgracia,
con los ojos cerrados sobre su pobre vida,
con los labios abiertos hacia el odio implacable.
Va a morirse, pero vosotros no le perdonáis
de que descansa acostado de su muerte,
y tendrá que permanecer aún por mucho tiempo
de pie como los árboles.

GENERACION

EL MUNDO es tuyo y mío, de aquél, de éste, porque no hemos caído en su surco, sin objeto, y nuestra energía juvenil es evidente como las raíces y los ríos y los vientos, y porque ningún designio de los hombres podría aplazar o equivocar o destruir nuestro victorioso crecimiento.

En el lugar que estemos, en la condición que vivamos, sobre el libro que leamos, en la herramienta que alcemos, deberá unirnos nuestra juventud con los lazos inexorables de la primavera en una misma avanzada de árboles plenos.

Porque estamos sembrados en todos los lugares,
bajo todos los climas, sobre todos los tiempos,
y nuestra esperanza no puede ser negada por nadie
porque es infinitamente libre como el agua y el fuego,
y nuestra estirpe tiene el prestigio de las estaciones
de coronar por igual a todos los hombres de la tierra,
y nuestros corazones son como molinos entusiastas
capaces de triturar la piedra o las planchas del cielo,
y nuestra frente es pura como el cuajo de Dios,
y nuestro pecho es justo como una colmena,
y nuestro amor, implacable, como los florecimientos.

Por eso no te escondas, no huyas, no reniegues,
empuña tu camino más cercano, la voz que no has robado,
y toma el arco del sol desde cualquier cerro:
que tus brazos deben participar de la anchura del mundo,
y tu boca debe cantar con las demás,
y tu tronco debe afincarse en el suelo
y chocar con los vientos y sangrar en la frente,
porque así,
porque sólo así te conocerán tus compañeros!

MAPOCHITO, EL VIEJO BARRENDERO

EL RIO Mapocho atraviesa la ciudad con su inalterable traje de trabajo donde se notan las manchas del día anterior. Tiene el rostro terroso de todos los obreros y el cuerpo enjuto de los chilenos pobres. Va de prisa. Es el alba, y debe barrer las calles antes que amanezca del todo, despertar las mujeres dormidas en las puertas, correr a los chiquillos ateridos y a los quiltros, ahuyentar los piojos de la noche raída. Debe apurarse. Pronto sus amos en bata saldrán al balcón, y demasiado sabe, que no les gusta despertarse con el llanto del día, ni que el viento traiga olor a cuerpo humano tirado en medio de los jardines de las plazas,

ni tampoco que las poblaciones callampas
se enderecen de sus basurales tosiendo
y ensucien con hollín las sábanas del cielo.

El río Mapocho con alpargatas rotas
y con una escoba de aguas escasas
va amontonando los desgarros de los tísicos,
va haciendo pilas de piojos hinchados,
va juntando paquetes con restos de aborto,
limpiando vómitos desesperanzados,
aventando cartas con sucesos funestos,
desparramando piedras que formaban un lecho,
va aseando de prisa la ciudad,
mientras conversa con panaderos
azules de sueño como la niebla nocturna,
con tipógrafos silenciosos y tristes
al tener que contarle toda la noche
al diario dolorosas noticias.

¿Quién soy, me preguntas, Mapocho?
Soy un poeta que ha llegado hace poco
del Maule al barrio donde tú limpias la aurora.
Como tú, también soy un testigo
de lo que queda en la calle al paso del tiempo,
pero tú debes sufrir y barrer en silencio
lo que sufres hacia donde nadie lo vea,
y te han alimentado tan mal y te han pagado tan poco
que te has hecho viejo sin poder desbordarte.
En cambio yo padezco y canto.
Me arrojan a los brazos miseria, desdicha,
prostitutas pobres, suicidas, impuestos,
pero me rebelo y lloro y maldigo,
y me desbordo, cantando y acusando.
Por eso he venido tan temprano
para hacer un pacto contigo:
tú me ayudarás con tu terrible experiencia
de tantos años de servicio,
y yo pondré la juventud y el canto,
que es como florecerle al invierno
los aromos, que es como colocar
el dolor en un pecho ancho y fuerte,
para que el corazón juvenil
lo haga saltar en mil pedazos
y le dé cabida a la esperanza.

¿DE DÓNDE has sacado que la tierra es tuya,
porque tu abuelo la alambró con estampillas,
de qué bolsillo has sacado que los bosques
crecen en papel de oficio, de qué sangre se te ocurre
que la primavera puede discutirse ante un notario,
y que los habitantes de tu testamento
pueden borrarse con las cruces de la tinta?

¿De dónde vienes, oh dios mal disfrazado,
con barba de papel y ojos de estampilla,
con voz de mala ley y melena de tenia,
con ademán de cuatrero y vestido de tigre,
con risa de billetes rasguñados

y olor a pergamino corrompido?

¿De dónde, pues, oh dios apresurado
en hacer cuánto antes el inventario de tierras y de siervos,
para saber con cuánto puede contar
tu omnipotencia, y hasta cuánto
puedes girar el firmamento de tu bolsa
sin perder tu calidad de inmutable
y el temor que proporcionas a los pobres?

¿De dónde has salido, oh prepotente,
conque la tierra gira con el ritmo
de tu hamaca?; conque el sol se pone
en tu mansión, porque siempre sientes
el estómago pesado?; conque los cereales
han crecido sólo para ti,
porque tu abuelo fué enterrado
con los bolsillos llenos?; conque los hombres
deben servirte como perros,
porque los perros de tus antepasados
han debido transmigrarse
para el mejor cuidado de tu bolsa?

Pero aquí te estrellarás, ah peste
hereditaria, ah proglótida del tiempo,
ah pulgón de nuestra sangre,
ah salario de sarna,
ah pan hecho de tisis.

Aquí te estrellarás, en esta
unidad de hierro, en esta
fraternidad de fuego, en esta
esperanza invisible, aquí
no podrás hincar el diente
ni estrujar con las manos:
¡te ahogaría el polen!

ELEGIA POR EL PAN COTIDIANO

AH SAGRADO pan

de cada día, te elevas por detrás de las panaderías,
pero no alumbras los surcos de los conventillos
donde han caído más semillas. Te alzas
y penetras en algún largo comedor solitario,
donde te acogen con desgano alguna planta
de invernadero o alguna flor de ornamento;
pero nunca tu luz espesa y nutricia
se rompe entre los dientes de la mazorca
pobre, pero nunca tus rayos alegres
rasgan la frente sombría ni los húmedos ojos,
pero nunca tus migajas de polen ardiente
se adhieren al rostro de un niño aterido,
pero nunca tu esperanza redonda
se posa en la mano de dedos alargados

por el agotamiento al comenzar el día.

Ah pan, ah sol mezquino, ah estrella fría,
por qué sales del agua para las hierbas inservibles?
Por qué llegas al cenit y alimentas sólo
una parte de la tierra, la parte que no te necesita,
y dejas en la sombra a los que te mezclan con su carne
para producir la primavera, y para los cuales
eres su única comida en su trabajo verde?
Por qué te escondes en la tarde en la mesa
de los que no te prefieren para reparar su goce,
de los que te endurecen con su sonrisa fría?

Ah pan nuestro de cada día, pero nunca nuestro.
Pero nunca en el regazo de la tierra proletaria
como un pecho nutricional, pero nunca en la mesa oscura
como un mantel de fiesta, pero nunca en el canasto
seco como blancas corolas de esperanza,
pero nunca en la mano helada como calor de sangre,
pero nunca en el olor de la vivienda sórdida
como azahar fecundo, pero nunca en el bolsillo obrero
como polen esencial, pero nunca en el bolsón
del escolar campesino como la miel de la infancia,
pero nunca en la jarra del mendigo ciego
como un trocito de luz dorada y tibia,
pero nunca en el mísero envoltorio del minero
como una estrella para el caos de la mina,
pero nunca sobre el vestido gastado de la madre
como un remiendo de espuma o de cerezo,
pero nunca entre las manos del tuberculoso
como un pedazo de cerro nevado y refrescante,
pero nunca ante la pierna gangrenada
como un manojo de hojas florecidas,
pero nunca en el invierno sin albergue
como el único hueco ante la puerta cerrada,
pero nunca en la mañana desolada y triste
como una detenida bandada de gaviotas,
pero nunca al alba como la única ventana,
pero nunca a la noche como la única luna,
pero nunca en el viento ni en la luz de cada día
como la alegría de hallarlo y la libertad de tomarlo,
pero nunca al comenzar ni al terminar la faena
como el aroma de la paz y del rocío.

PADRE NUESTRO

PUEBLO, esperanza de greda, copihue machacado,
mi corazón también es una raíz de las tuyas,
una raíz vaciada y escupida después de la cosecha
por los señores del otoño elegante
con roperos y despensas en toda la tierra.

Padre, pueblo, déjame secar tus lágrimas de cobre,
déjame besar tus blancos cabellos de salitre ofendido,
déjame enlazar tu cuerpo de árbol con un nudo en la garganta,
y vamos por los surcos devastados que conducen a la choza,
apartando las piedras como gargajos hediondos a whisky.
Lloras, padre, en silencio, como los árboles enfermos,
piensas en tu vejez sin nada propio,

como los dulces bueyes que sólo recuerdan el trabajo
y la mirada voraz de las bodegas señoriales.
Te emocionas con cada herramienta de faena
como si evocaras el rostro de una compañera difunta
que te acompañó día y noche sin descanso
en velar el sandial recién nacido, en educar la chacra,
en dar de beber a la tierra afiebrada y parida,
en procurarle a tu hija primavera
un traje de verdura
más largo que el vestido de todas las novias.

Pueblo, labriego, obrero anónimo,
raíz y dolor de los frutos más dulces,
argamasa y tragedia de las casas más bellas,
harina y desvelo de los panes más puros,
salitre y amargura de las tierras más ricas.

Padre, pueblo, calabaza llena de recuerdos terribles,
nosotros, tus semillas recientes, tus yemas proletarias,
tus almendras de fuego,
juramos ante tu invierno derrumbado
con brazos torrentosos y relámpagos inmensos,
que hemos de lavar tus heridas
y cambiarte de vida.
y cubrirte el pecho desnudo
juntando a tus vestigios arañados
nuestro manto que esconde
tempestades coléricas y puñados de polen.

HOMENAJE AL DIARIO "EL SIGLO"

HABLO de una gota de amor, pido sólo un grano,
quiero que todos vosotros pongáis sólo un momento
el oído en vuestra sangre,
y oiréis por qué aquel hombre se subleva,
por qué aquel otro, sin motivo ostensible, acciona y se enardece,
y, sobre todo, por qué este otro que es parecía tan dulce
y que vivió siempre en vuestro barrio sin una palabra de reproche,
acariciando la mano de su mujer y de su hijo pequeño,
no ha ido al trabajo esta mañana, y cómo si esto fuera poco,
ha elevado la voz en una esquina con angustia y apremio
como si hubiera recibido una amenaza de muerte
y sólo los que lo rodean pudieran salvarlo,
y ha levantado en la mano, agitando,
un diario que no es el de hoy ni el de ayer ni el que nosotros leemos,
un desconocido diario con duros caracteres,

ensangrentado y hollinado,
amenazador y ensimismado en una honda desgracia,
en el cual vemos nuestros nombres unidos a una muerte,
a muchas muertes, a infinitas miserias,
a un hombre que amaneció hoy muerto de frío en la calle,
a una criatura que ahogaron con las manos,
a un joven que alguien empujó desde un noveno piso,
leemos atónitos estas noticias de locura y de muerte
mezcladas a nosotros,
cuando no hemos hecho más que ir del centro a la casa,
comprar algunas flores, echar algunas cartas,
y, sobre todo, sentarnos a contemplar esta vida
que nos parece tan perfecta.

Pues bien, este diario es la conciencia.

Alguien lo imprime en el viento y en la luz de cada día,
alguien lo deshoja en nuestra sangre como una flor terrible,
alguien lo pega en la pared de todas las palabras,
alguien envuelve en él la pobreza de las calles,
alguien lo deja en la mirada hambrienta de los niños,
alguien lo asoma desde la ventanilla de una cárcel,
alguien lo ensangrienta al secarle la boca a un tísico,
alguien lo desgarrar al no encontrar trabajo,
alguien lo abandona al ser arrojado de su cuarto,
alguien lo extiende para saber de su hijo desaparecido,
alguien lo oculta en la boca para salvar su ocupación,
alguien le prende fuego para recordar sus dedos ateridos,
alguien lo pone en su espalda para enfrentar el invierno,
alguien lo borra con sus lágrimas ante su mesa vacía,
alguien lo infecta al vendarse su pierna gangrenada,
alguien lo arruga en su corazón para aplacar su ira,
alguien lo pone sobre la angarilla sacada de la mina,
alguien lo anuda al brazo del obrero que ha perdido una mano,
alguien lo hace mil pedazos para envolver su mísera ración,
alguien, en fin, lo lee a gritos en medio de la tierra,
alguien lo empuña con relámpagos a lo largo del cielo,
alguien lo entrega llorando frente a todos los vientos,
alguien lo ahoga con furor en nuestra sangre,
pero nosotros nunca lo vemos ni lo oímos,
y este diario es el siglo tempestuoso que andamos y vivimos,
que tocamos y olemos, que respiramos y pasamos,
pero qué jamás oímos,
y este siglo es el extraño diario!

ODA AL CAMPESINO

A TI TE canto, anónimo creador
de la hermosa agricultura; señor que nos haces
el milagro de la germinación, pero a costa
de una dura jornada terrestre,
después de hilar día a día con hilos
de tu camisa desgarrada hasta quedar
desnudo, después de acostar la lluvia
en la única cama que tú tienes,
y de dormir con tu mujer y tus pequeños
sobre las piedras heladas de la noche,
después de renunciar al pan y a la ración
de escasos cereales, para desmigajarlos
en semillas por entre tus dedos desnutridos,

después de enjugar la frente del sol
con el paño de tu piel para que pudiera
mirar hasta la florecilla más leve.

A ti te canto, porque abarcas verdaderamente
toda la tierra con tu esfuerzo, y porque
sufres floreciendo y te descarnas madurando.
Dios padre, tu poder no lo verifica
nadie más que tú, y debes multiplicarte
para estar en el verbo y en cada
semilla que nombres, para estar en el sol
y en cada fruto que crezca, para estar en el agua
que corre y en la acequia que vas preparando,
para estar en la tierra y, al mismo tiempo,
de un lado a otro en la faena fatigante,
bregando y padeciendo, cayendo y levantándote,
saltando de un sol a otro con el estómago vacío,
tendiéndote junto a la viña para que no se hiele,
repartiendo la lluvia con el cuerpo aterido.

Señor popular y atormentado, cuánta sangre
te cuesta levantar la mano para crear el mundo:
debes llorar para que la lluvia caiga,
debes sudar para que el sol caliente,
debes curvarte para que el trigo grane,
debes palidecer para que el fruto pinte,
debes fatigarte para que la savia suba,
debes encanecer para que el deshielo baje,
debes morir para que nazca la cosecha,
y debes renacer para sembrar de nuevo.

Ah verdadero rey del porte de la tierra,
y con una azada en la mano. Ah poderoso rey
coronado por todas las estrellas, y apurado
en el alba para regar una semilla. Ah soberbio rey
del sol, y vestido como un campesino.
A ti te canto, ah verdadero rey,
porque no te adornas sino de hojas esenciales,
y porque no te sientas sino una vez al año
en una ruma de patatas oscuras
o en tu trono de melones fragantes.

LOS DIAS SE CONFABULAN CON LOS DIAS

Los días se unen con los días; pero no
para asistir a recepciones o ponerse un frac nocturno,
sino que se ajustan al corazón como a una polea
para quemar su sangre con correas implacables.

Los días se unen con los días.
Se acoplan fríamente como balde y cordel
para que el minero atraiga con comodidad su muerte,
se entrelazan con los sucesos más adversos
para que el suicida encuentre todo listo
y los anude inmediatamente a su cuello.

Los días se unen con los días.

Se empalman con precisión
como las puertas de una cámara de castigo,
para que el dolor no turbe la noche de fiesta,
se soldan como los grillos, se aferran como las manos
de la madre desvalida con su hijo agonizante.

Los días se unen con los días.

Se pegan como la tisis, se ciñen como las vendas,
y también se desatan como los andamios y las inundaciones
para mirarse en el espejo y arreglarse la corbata,
o para sacarse una pelusa de la impecable solapa.

Día a día el hambre crece, cruza los barrios populares
y amenaza con derrumbar todas las casas.

El hombre se defiende, entonces, con sus manos laboriosas,
pero la faena que le han dado tiene el fondo roto
y nunca se sacia de digerir su esfuerzo diario:
la vida se le escapa sin gozar una gota,
la fuerza se le acaba sin hacerse una casa,
la vista se le nubla sin mirar una rosa,
el amor se le pasa sin conocer un hijo,
la vejez lo sorprende al pronunciar
por primera vez su nombre.

¿Habéis mirado alguna vez los ojos de este hombre?

Rara vez se alzan para miraros, y cuando miran,
os miran primero el aire, los zapatos, las manos,
todos los miembros de que se vale un hombre para castigar
a otro hombre,

todos los ademanes sceces que acompañan la injusticia,
todos los rasgos duros que arañan la espalda de la tierra.

Os miran primero el sitio donde estaba el látigo,
la boca donde la dulzura se pudre, escupida,
y por último os miran a la frente, a los ojos,
como si creyeran en vosotros, a pesar de todo,
y esa fuera la única región que no los pudiera herir
físicamente,

porque anida la luz, ¡y la luz es la esperanza!

NO PUEDO CALLAR

NO PUEDO callar, ah no puedo, no puedo.
A toda hora caen en mis brazos
los que el día revienta y escupe.
Ah no puedo, no puedo, un tuberculoso
me tiende sus manos desde un río
de sangre machacada y espesa,
un niño aterido se aferra a mis pies
para que su cuerpo no se hiele del todo,
y no puedo pasar, me hundo en su grito
desgarrado como en una extensión
de arena movediza, me golpeo contra el llanto
como contra un arrecife desvalido

batido por un mar tempestuoso,
ah no puedo,
no puedo callar!

Una boca convulsa ha rodado
hasta mi oído, y me hiere, me asorda,
me hace andar entre el derrumbe de su voz
como en una casa comida por las llamas,
me hace apartar sus muertos, me hace sacar
desde abajo de su pobreza humeante
los ojos enloquecidos de sus hijos,
y no me suelta,
me grita,
me grita,
me grita,
cruzamos túneles, orillamos abismos,
saltamos cuerpos que duermen en el suelo,
volvemos a buscar en los bolsillos sollozando
el dinero que no hubo para comprar
la medicina, para pagar el arriendo,
amontonamos mesas, sillas, catres,
adentro del invierno destruido,
llueve, aúlla el viento, ah no puedo,
no puedo callar!

Me aprieto la garganta,
retengo la respiración,
me goípeo con las dos manos el rostro,
echo a correr, cierro todas las puertas,
me echo puñados de tierra en la boca,
pero no puedo
no puedo callar!

Me corre algo helado por la espalda,
me empapa, me hiela los huesos,
me agrieta la carne,
pero cae,
pero sigue cayendo
desde todos los ojos esta lluvia abismal,
el cielo está negro, la tierra está roja,
el viento enronquecido del dolor

arranca los brazos y los árboles,
ah no puedo,
no puedo callar!

Todo está empapado por la sangre,
todo está nauseabundo de injusticia,
todo está arrasado por el odio,
todo está lleno de hormigueros,
todo está hollinado de desgracia,
todo está guardado por los cuervos,
todo está acosado por los tigres,
todo está viscoso de murciélagos,
ah no puedo,
no puedo callar!

Me corto las venas, me desangro,
me despeño, me aplasto, me abismo,
pero no puedo, no puedo callar.
Me tapo la boca para no oír
mi voz enronquecida y prolongada
como una náufraga sirena,
pero me arranca los dedos de raíz,
me hace temblar entero, me curva,
me gime, me araña, me grita,
me tumba como una cascada,
me enloquece como un remolino,
me ahoga como un incendio inmenso,
me apura como una rueda loca,
ah no puedo dejar este río sangriento
que le sale a mi pueblo caído
por el cuello, el oído, la boca.
Me hundo, me ahogo, pero sigo,
pierdo el conocimiento, me caigo de sueño,
el hambre me pesa en los pies,
la sed me sollama las sienes,
la ira me destroza el cerebro,
el dolor me hiela los huesos,
pero no puedo,
no puedo callar!

Siento gritar junto a mí a todos los muertos,
siento que la tierra me envuelve

con sus lenguas de agua y de fuego
en un hoyo horroroso y profundo
que grita colmado de miembros cortados,
y corro y me pierdo y no paro,
porque soy una gota, un coágulo,
una molécula de sangre proletaria
que debe salpicar y ahogar,
luchar con las pus, la carroña, la muerte,
y sellar con una cicatriz de acero
la boca podrida del castigo,
y no puedo, ah no puedo,
no puedo hasta entonces,
callar!

EL FUEGO

LOS VENCEDORES DE LA MUERTE

QUÉ HARÍAIS sin nosotros, pregunto, escribo, reto.
Sin nosotros que tenemos los pies de metales y raíces,
los nervios de electricidad, los brazos de árbol,
el corazón de rayos y de ríos. Qué haríais
si nos cortáramos la cabellera de trigo,
si cruzáramos los brazos de cemento y de barro,
si cerráramos los ojos de piques y de surcos.
Qué haríais, vuelvo a preguntar, si cansados
nos sentáramos sobre el sol o en el lecho del mar
y pusiéramos los pies sobre los campos sembrados,
y acomodáramos la cabeza en el hombro de las fábricas,
y aflojáramos las manos para soltar los días.
Qué haríais, responded, qué haríais, qué haríais,

si detuviéramos las calles, si guardáramos los rieles,
si amontonáramos los barcos, si enrolláramos las redes.
Qué haríais si decidiéramos jugar a los dados
con el carbón de piedra. Qué haríais si ante el chorro
del petróleo nos tendiéramos a soñar como ante
un hermoso surtidor. Qué haríais si nos quitáramos
el aceite de las manos con que ungimos las máquinas,
si nos sacudiéramos el aserrín, el cemento y el hierro
con que sembramos los edificios a través de las calles,
si nos laváramos el polvo de carbón de los brazos
con que atravesamos de sol la noche y los metales.
Qué haríais si abandonáramos la viña embarazada
cuando el vino va a nacer. Qué haríais si dejáramos
extraviarse el pan por los caminos de la noche.
Qué haríais si no fuéramos más a los mercados
ni a las lecherías ni a los hospitales ni a los trenes,
y nos lleváramos la primavera a nuestra casa
para sentarla a la mesa entre guitarras y olvido.
Qué haríais si con los hilos del sol y de la tierra
nos tejiéramos una gran corbata, si cortáramos las flores
que producen los frutos para adornarnos el sombrero.
Qué haríais si brindáramos con todo el rocío y el zumo
y cortáramos la luz para dormir un siglo,
y paráramos el ajetreo de construcciones y de fábricas
para escuchar cómo murmura una fuente,
qué es lo que dice el amor, qué es lo que cuenta un ave.
Qué haríais si paráramos completamente la vida.
Qué haríais si acalláramos telares y poleas,
martillos y azadones, faenas y ademanes.
Qué haríais si lo apagáramos todo,
qué haríais si lo acalláramos todo
para acechar cómo os arrolla la muerte,
que nosotros tuvimos, ¡y qué no puede hacernos daño!

U N A M O N O S

UNÁMONOS por los que quedaron atrás, por los que no tuvieron
piernas que ponerse, por los que murieron cantándole a la vida,
unámonos por la madre que perdió todos sus hijos
y por el padre que sólo tuvo tiempo de acostarse y morir,
unámonos por el amigo que no nos pudo abrir su puerta porque
estaba engrillado,
unámonos por la infancia que no tuvimos porque fuimos lanzados a la
calle,
unámonos por el amor que nunca ha sonreído,
unámonos por el sol que nunca calentó,
unámonos por la casa que siempre fué tan fría,
unámonos por el pan que siempre fué tan duro, unámonos
por la sucesión indestructible de los años,
por la exactitud de primaveras y de trigos, unámonos
por el encadenamiento de aguas y de tierras!

USTEDES, los obreros, de esta punta,
 los campesinos y los mineros de aquélla,
 el estudiante de ésa, el pescador de ésa otra,
 y todos, todos los que laboran,
 y todos, todos los que resuelven la tierra,
 y todos, todos los que tocan el filo:
 mi compañera y yo tomaremos de aquí
 para tender esta red de codos apretados,
 de trancos decididos, de ademanes volcánicos,
 para tender esta red de costuras y canciones,
 de corazones unidos con cordeles infinitos,
 de amarras hechas con dolor y venganza.
 Vamos a tender esta red tejida por el pueblo,
 por sus mujeres y sus niños, por sus ancianos y sus jóvenes,
 esta red hecha con ensangrentados pañuelos,
 con tuberculosis y úlceras, con amputaciones y caries,
 con banderas y sangre, con herramientas y cucharas,

con alambres y ternura, con pétalos y púas,
vamos a tender esta red a lo largo de las calles!

Es la hora tempestuosa del pueblo amotinado,
la marea inmortal azotando las plazas,
la levadura olvidada rompiendo las murallas,
la primavera turbulenta convocando la tierra,
la cadena oprimida avanzando y golpeándose,
la cascada muscular electrizando el viento,
la Cordillera de los Andes arrojando sus mordazas,
el salitre germinal restituyendo las células podridas,
la cosecha roja llenando los sacos postergados,
la avalancha del pueblo corriendo por las calles!

Tiramos de la red,
tambaleamos y caemos,
pero seguimos adelante
bamboleando su maza amenazante,
son cien hombres,
son mil hombres,
es toda la tierra,
es un centauro descomunal con hocico de azufre
y alas de amor nervadas por el hierro,
es un centauro con cascos de metales oscuros
donde los brazos del sol se rompen y se adhieren,
es un centauro con una cola interminable
arrastrando y levantando nubes de pólvora y de pueblo,
es un centauro con sacudones de tormenta, con estrellones
de océano,
con vacilaciones de relámpagos o lluvias,
es un centauro caracoleando y resoplando
como las formas quebradas de los rayos,
es un centauro con la lanza más larga y más negra del oprobio
revolviéndose en sus ancas!

Tiramos de la red,
volvemos a tirar y seguimos con ella
tendiéndola de puerta en puerta, de resquicio en resquicio,
de boca en boca, de piedra en piedra, de estrella en estrella,
de arrabal a plaza, de campo a ciudad, de mar a montaña,
tendiéndola, colgándola de muralla en muralla,
tendiéndola, plantándola de aire en aire,
tendiéndola, inscribiéndola de semana en semana,
tendiéndola a lo largo y por todas las calles!

LA PIEDRA DEL PUEBLO

LA PIEDRA es nuestra única arma
con una mezcla de sangraza y de llanto.
La dulce piedra de las construcciones
es nuestra única arma,
pero también la iracunda, la implacable, la áspera,
la piedra guerrera de las barricadas,
la cruel de los derrumbes exactos,
la paciente y serena de los precipicios,
la piedra incansable de las erosiones,
la azul y veloz de las hondas anónimas,
la piedra del agua, la piedra del tiempo,
la embriagada de muerte y de azufre, la necesaria
piedra de las erupciones,
la piedra del pueblo!

He aquí nuestra arma elemental y primitiva,
empuñada en las manos con saliva y con tierra,
con sudor y con lágrimas, con clavos y dientes,
con crispación inexorable de mano de muerto,
con lucidez de aferrarse a un último resquicio,
con alegría de encerrar una estrella,
con desnudez de igualarse a una piedra,
con pureza de sentir sólo su peso,
he aquí nuestra única arma,

catapulta

lamida por el fuego secreto de las manos,
alimentada en el frío de nuestra certeza,
moldeada en silencio a toda hora
para el sitio preciso del asalto.

La piedra del pueblo!

Arma de todos los caminos, piedra simple.
Conciencia de todos los tiempos, piedra eterna.
Esperanza de todas las ruinas, piedra verde.
Unidad de todos los esfuerzos, piedra pura.
Vestigio de todos los derrumbes, piedra intacta,
Consistencia de todas las mezclas, piedra pobre.
Dureza de todas las venganzas, piedra fría.
Seguridad de todas las victorias, piedra múltiple.
Paciencia de todos los cimientos, piedra dura.
Mirada de todos los rincones, piedra inmóvil.
Amenaza de todos los desiertos, piedra roja.
Temporalidad de todas las cosas, piedra insomne.
Piedra de todas las piedras,

piedra tuya,
piedra mía,
piedra nuestra!

MADRE PROLETARIA

QUÉ TERRIBLEMENTE hermosa es una madre del pueblo,
crucificada y coronada por sus ávidas raíces,
apagada y encendida en sus frutos recientes,
terminada y agrandada por sus nuevos caminos.

Qué túnica de amor para el dolor más grande.
Qué luna de arpillera para la pobreza más negra.
Qué joya de abnegación para la mano más sola.
Qué collar de alegría para la casa sin fiesta.

Abarca toda la tierra al ir con su fuente y su ternura
de su recién nacido a su hombre que es minero.
Su canción de cuna es lo único que come,

su ir y venir es lo único que busca,
su hijo por venir es lo único que aguarda,
la rosa del pezón es lo único que riega.

Qué brasero devorado para los largos inviernos.
Qué rescoldo de sangre para las ropas mojadas.
Qué mesa extendida para las bocas hambrientas.
Qué sahumero de llanto para ahuyentar a la muerte.
Qué guirnalda de hierro para mellar la tristeza.
Qué canasta de gracia para multiplicar los panes.
Qué corazón más dulce para mecer los hijos.

De ti me desarraigo para andar por el mundo,
pero en cada recodo me tuerces tu bufanda,
en cada caída me lames con el musgo,
en cada rostro me quieres comprender,
y en cada indecisión tú me estrechas el cerco.

Madre mía, madre del pueblo, corazón y raíces!
Madre tuya, madre terrestre, corazón y racimos!
Madre de esta hora difícil, corazón y corceles!
Madre de la sangre caída, corazón y palomas!
Madre de toda la esperanza, corazón y arcoiris!

Madre en la bandera, en esta roja bandera,
en esta ancha bandera,
cortada con las mismas tijeras de fuego
con que hiciste los pañales de tus recién nacidos.

Madre en la lóbrega casa de los desterrados,
en el refugio ardiendo, en la puerta quebrada.

Madre en el vendaje blanco de los héroes heridos,
en el corazón del pan, en el vaso de agua.

Madre en el mitín como un instinto de hierro,
como lazo de sangre, como pluma de águila.

Madre en la brecha roja de los días
como extensión de amor y escuelas blancas.

Madre en la cintura severa de la ira,
en el puño cerrado, en el brillo del arma.

Madre en la primera piedra libre.

Madre esperándonos desde nunca y por siempre
allá en la libertad como una estatua!

EL BRAZO EN HOZ

CONTRA las fincas de fosos pestilentes,
contra los muros de tierra maltratada,
contra las torres de cuervos refinados,
contra las puertas de mirada levadiza,
¡el brazo en hoz!

Contra la trilladora enmascarada,
contra la bodega de tripas infernales,
contra el arado armado como un cepo,
contra el surco instaurado como fosa,
¡el brazo en hoz!

Contra el verano de frutos sarcásticos,

contra el trueque de sangre por monedas,
contra el entendimiento del amor con la muerte,
contra el reemplazo de la lluvia por las lágrimas,
¡el brazo en hoz!

Contra la siembra ordenada como un número,
contra el trigal cuidado por el hambre,
contra la viña saludada con tristeza,
contra el zapallo vendido como esclavo,
¡el brazo en hoz!

Contra la pulpería y su yerba de alfalfa,
contra la escuela negada por bastarda,
contra la tierra escarnecida como puta,
contra el inquilinaje bautizado en la espalda,
¡el brazo en hoz!

Contra el patrón y su ajedrez humano,
contra su esposa y su maternidad robada,
contra sus hijos y su pan con sorpresas,
contra el abuelo y su muerte traspasada,
¡el brazo en hoz!

LA FAMILIA PROLETARIA

DE HUELGA en huelga vamos formando la familia,
y nuestras Patrias viven un embarazo continuo.
Una inmensa nube de polen y de libros
prende en los ojos preparados por las lágrimas,
cubre los labios abiertos por un sordo ruego,
encuentra estambres y poros en la piel sudada,
cuaja en la calle excitada por los pies sin trabajo,
se pega por el continuo bajar de angarillas en las minas,
y aumenta y desborda y multiplica
al demorarse cada vez más las mujeres y los hombres
en la corola radiante de los gremios.

Cada hora es una parturienta pobre y gozosa

que cae en cualquier rincón o en cualquiera piedra,
para vaciar su vientre lleno de tinieblas
y parir un grito hermoso y soleado
que nosotros ayudamos a salir y articular,
cubriendo con una nueva capa de oro las campanas.

Hay un entendimiento entre clavo y madera,
entre piedra y cemento, entre hoz y gavilla,
hay un lenguaje nuevo entre hombre y materia,
y esta inteligencia es clara y poderosa,
y este vínculo es natural y sangriento,
y este pacto es de arado a surco,
de amor y entrega, de amante y amada,
y este amor es para cubrir toda la tierra
de una familia que se parezca a nosotros
por el lazo indestructible del esfuerzo.

Hay un sol rojo y reflejado entre nosotros,
en las hachas que talan, en las hoces que siegan,
en el papel de escribir, en la boca que ríe.

Hay un sol rojo y repartido entre nosotros,
y su calor podría hasta empollar las piedras,
almibarar el mar, colorear el pantano.

Hay un sol rojo y colérico moviéndose,
sollamando en todas las gargantas,
reverberando en todas las acciones,
requemando en todas las dudas.

Hay un sol rojo de verano buscando
el estallido de sus besos frutales,
el mordisco de los frutos cuajados,
la procreación de bodegas inmensas,
un sol rojo de verano contenido,
buscando el paroxismo de su amor
sobre el vientre puro y ultrajado
de la tierra recuperada para siempre.

AGUARDANDO LA LIBERTAD

LIBERTAD, primavera con todas las raíces!
Libertad, cordillera con todos los volcanes!
Libertad, tormenta con todos los relámpagos!
Libertad, campana con todas las gargantas!

Libertad, libertad, libertad,
la frente cae golpeando tu pecho,
la boca cae buscando tu oído,
los ojos caen esperando tu ira,
la carne cae llenando tus surcos,
los huesos caen desbordando tu aljaba,
libertad,
el hombre cae regándote en un charco!

Libertad, libertad, libertad,
te sembramos a diario en toda la tierra,
donde hayan látigos abriendo la carne,
donde hayan cárceles pudriéndose al sol,
donde existan fosos, donde caiga el hombre
sembrado con semillas de plomo,
donde corra sangre, donde las cadenas
remuevan la carne de los brazos
y rieguen las raíces de los huesos,

te sembramos a diario,
donde sople el duelo, donde las palabras
no puedan cantar en la copa de un árbol,
donde mande el odio, donde nadie pueda
pararse en su hermosa estatura
y dejarse llevar por la dicha y el viento,
te sembramos a diario,
donde nadie pueda sino andar de rodillas!

Libertad, libertad, libertad,
te llamamos a diario, te sembramos a diario,
sembrándote, cae el albañil del andamio,
sembrándote, cae el labrador en el surco,
sembrándote, cae el pescador al océano,
sembrándote, cae el caminero al precipicio,
sembrándote, cae el segador bajo el sol,
sembrándote, cae el estudiante en la pobreza,
sembrándote, cae el portuario bajo un saco,
sembrándote, cae el minero bajo el gas,
sembrándote, cae el artista bajo el mundo,
sembrándote, buscándote, llamándote,
libertad,

caemos todos en la buena o en la mala,
en los brazos amantes o en la boca de una plaza,
cerca de un estero o al lado de un caballo,
bajo un árbol verde o a través de la pólvora,
sobre un libro blanco o ante un rostro inmundado.

Libertad,

¿por qué tardas entonces, por qué entonces no vienes,
qué gramo de dolor o de estrella te falta,
qué gota de amor o de agua aun no te vierte,

qué punta de oprobio o de lanza
aun no nos encuentra y te maldice?

Libertad, primavera con todas las raíces,
que un día ha de arañar los nudos venenosos!

Libertad, cordillera con todos los volcanes,
que un día ha de temblar sobre todas las murallas!

Libertad, tormenta con todos los relámpagos,
que un día ha de cavar el túnel esperado!

Libertad, campana con todas las gargantas!
que un día ha de sonar colgada de los cielos!!

AQUEL día vendrá vestido de tocuyo celeste,
con el sol quebrándose sobre un casco minero,
con un aroma de pan por entre los árboles,
y con una bandada de alcancías de greda.

Aquel día vendrá cómo nunca ha venido,
y entrará por las chozas y los ojos obreros
despertando el trabajo a jornadas gloriosas
como un camarada enviado del cielo.

Aquel día vendrá por tu hoz de angustiosas señales,
por tu red de amargura, por tu greda ofendida,
y hará sonar su saco de cadenas cortadas

para darte un anillo de metales sangrientos.

Aquel día vendrá de caletas humildes,
sobre trenes de carga, con imprenta nocturna.
No vendrá desde una fiesta ni de un hotel de lujo:
saldrá simplemente de una cama de obrero.

Aquel día vendrá por que tu madre cante,
para que encuentres casa, por que tu hijo lea.
Llegará un poco antes de empezar la jornada
a decir que en la tierra tú también eres dueño.

Aquel día vendrá del brazo de tus hijos
como un compañero que habían herido.
Vendrá por la mano de tu hija Esperanza
y por los ojos pacíficos de tu quiltro andariego.

Aquel día vendrá porque tu esposa te ama,
y refugia en su vientre tu pasado oprimido.
Vendrá por tu venganza con el rostro inflexible
y también por tu perdón con amor mal encubierto.

Aquel día vendrá aunque la noche lo derrote,
aunque la sombra lo persiga, aunque apresen la tierra,
vendrá, llegará aunque dinamiten los puentes,
vendrá, llegará aunque infecten el viento,
aquel día vendrá aunque borren los caminos,
vendrá, llegará aunque atomicen el alba,
vendrá, llegará aunque se traguen el océano,
vendrá, llegará aunque nos tapen los ojos,
aquel día vendrá aunque nos maten a todos,
aunque no venga, vendrá, aunque no lo veamos:
lo verán nuestros hijos en nuestros ojos muertos!

E S P E R A N Z A

ESPERANZA, con ser la más bella de todas las mujeres,
con ser la más querida, con ser la más poderosa,
eres la novia de los desheredados del mundo,
la compañera de los heridos y de los abandonados.
Hermosa, allí donde no hay nada que ofrecerte,
donde no hay alfombras ni oro ni abundancia,
donde no hay ni siquiera espejos que reflejen tu belleza,
allí donde el hombre está desnudo como un pedrusco oscuro,
allí te detienes, oh dueña de la lluvia y de las hojas.
Sólo pides amor, inmenso amor, porque tu corazón
es tan ancho como el sol, y tus brazos son como la tierra,
y tu boca es el nido del polen, y tus ojos son las grutas del agua.
Sólo quieres que tu amado sea más constante que el tiempo,
más abrasador que el fuego, más obstinado que un brote.

Esperanza, aquí estamos nosotros. Somos los últimos.
Hemos sido barridos más allá de la tierra.
Somos el pueblo. Tenemos sólo corazón
y voz de herramientas y brazos oscuros de surco.
Te abriremos las puertas de nuestra desgracia.
Te sacaremos a pasear en los mitines. No podemos
ofrecerte nada más que una bandera para cubrir
tu hermoso cuerpo. No podemos alzar
a otro trono que al de la tempestuosa tribuna.
No podemos decirte otras palabras de amor
que las de los combativos manifiestos.
Tal vez, al acercarnos, para besarte la boca,
te manchemos el rostro con aceite o con sangre.
Quizás, para adorarte, tendrás que acompañarnos al trabajo,
o esperarnos toda una vida en la puerta de una cárcel.
Tendrás que acostumbrarte a ser la más pobre del barrio,
y a fabricar tú misma el pan, y a cortar tus vestidos.
Tendrás que acostumbrarte a que te señalen con desdén cuando pases,
y a que nos quiten la casa, y a que nos maten a veces.

Esperanza, tenemos tan poco que ofrecerte todavía,
y en lo que alcancemos más tarde, tú tendrás que ayudarnos,
pero sea este tu destino ya que estás aquí, y nos amas.
Compañera, la que dejó su cetro para empuñar la aguja,
la que tiró sus pulseras para refregar en la artesa,
la que abandonó su palacio para dormir en el suelo.
la que ofrendó su hermosura para cuidar nuestros hijos,
la que olvidó sus vasallos para desposar nuestra lucha.
Oh dulce, pero te amaremos siempre, pero te vestiremos
cada día con nuestra pureza, pero te besaremos
cada día con nuestros esfuerzos, pero te defenderemos
más allá de la muerte hasta que haya libertad
para pasearte, cantando, por todos los caminos,
y paz para edificarte toda la tierra,
y alegría para vestirti de cielo.

MIMBRERO, sentémonos aquí en la calle,
y armemos con tus hilos blancos y con mis hilos azules
los esenciales artefactos de uso diario:
la paz, la mesa, la poesía, la cuna,
el canasto para el pan, la voz para el amor.
Armemos juntos las cosas más esenciales y más simples,
más hermosas y útiles, más verdaderas y económicas,
para que cualquiera que pase nos comprenda y nos lleve.
Nos ame, y se pueda servir de nosotros. Nos necesite,
y podamos alegrarlo sin ninguna condición.

Tú armarás el canasto que la lavandera
necesita para sembrar la camisa más blanca,

y yo armaré una canción con olor a jabón y a pureza
para que ella junto al río halle más dulce su trabajo.
Tú tejerás la maleta para que el minero regrese,
para que los novios se casen, para que el hijo pobre
vaya a la ciudad a conquistar un oficio.
Y yo tejeré con los hilos más férreos de mi poesía
el descanso más digno, el amor más profundo, la esperanza más
grande,
para que el obrero mire confiado su casa
y no parta el pan con recelo y a oscuras,
para que los recién casados puedan anidar todos los pájaros
y no tengan que apartarse por una gota de agua,
para que el hijo menor halle la herramienta en su sitio
y no tenga que volverse porque otros la escondieron.

Mimbrero, hermano mío, qué es bello nuestro oficio
cuando a ti te encargan una cuna y a mí una esperanza,
cuando a ti te piden una mesa, un velador, un canasto,
y a mí un arma que defienda ese amoblado tan simple.
Qué es bella la jornada cuando tocamos con el mimbre o las
canciones

la forma desnuda de la vida: su cintura de trigo,
sus senos llenos de luna, su vientre cubierto de musgo,
sus muslos como ríos, sus brazos como ramas,
sus ojos como un camino en paz bajo la noche.
Qué es bello nuestro oficio cuando tentamos este cuerpo
y yo le pongo el nombre más dulce del amor,
y con mi verbo le digo: levántate, eres libre,
labora en paz, procrea primaveras y veranos,
y lega a toda la tierra tu apellido.
Y tú, oh mimbrero hermano, le vas tejiendo
todos los artefactos que ella necesita
para repartir el pan entre sus hijos:
canastos para almacenar la nieve y la salud,
pequeños cestos para guardar polen y semillas
de una primavera a otra, cunas para continuar
el sol fecundo, maletas para traer la lluvia,
mesas para que las hojas caigan y vuelvan a ser verdes,
y sillas para descansar delante de la paz ganada.

CANTO A LAS MADRES, A LAS HERMANAS Y A LAS NOVIAS DEL PUEBLO

DETRÁS de nuestra máscara de greda combatiente,
están las manos que hilan la dulce cicatriz,
las que remiendan la esperanza con cabellos y totora,
las que refrescan nuestro fuego con delantales y pañales,
detrás de nosotros, y separadas sólo por un beso,
hay una madre, hay una hermana, hay una novia,
está el amor de manos laboriosas y de vientre proletario,
está el amor, sencillo y puro, como una faena,
está el pan, mascado a medias, y guardado para el esposo
como un acto de fidelidad más puro que la harina,
está la camisa florida para el hermano
con un olor y una tibieza de infancia y de regazo,
está la ocupación para el hijo menor
buscada por su madre como en un nuevo parto.

Ellas ahí, y casi besándonos la frente,
ellas, las puras, haciéndonos señas con un recién nacido,
o levantando en el pecho una canción de cuna
para los días esperados,
ellas, con cartas de amor más largas que la muerte,
detrás de nosotros, y casi cargando con nuestro cansancio,
dándonos en cada caída las cortezas del hierro,
ellas, las hijas directas del amor con la tierra,
ellas, las esposas fecundas del pueblo en su lucha,
ellas, las madres terribles de la ira y del rayo,
ellas, las dulces prometidas de nuestra victoria.

Detrás de nuestros surcos de avanzada,
detrás de nuestros arados invencibles,
detrás de nuestros árboles erguidos,
en el mango del azadón y del hacha,
en el relámpago de la hoz y de los ojos,
ellas como una primavera trabajando,
vestidas de polen silencioso,
calzadas con rústicas raíces,
peinadas con trenzas torrenciales,
salpicadas de sol y de barro,
remendadas con dolor y con sangre,
cargadas con semillas y pájaros,
ellas, casi junto a nosotros,
o al lado afuera de las minas,
o en la boca de las plazas,
respaldando esta lucha comenzada,
tejiendo con hilos amorosos
nuestras ropas de héroes desnudos.

DESCRIPCION DE LA PAZ

OH ROSTRO bienamado, tienes tanto de mi madre
cuando aun me amamantaba. Me recuerdas
a una escuela rural cuando pronuncio tu nombre.
Te pareces a mi amada cuando me inclino sobre ella.
Tus manos se tienden como el pan cuando te miro.
Tu cabellera nos perfuma como el amor
cuando has dormido en nuestra casa.
Pintas los frutos,
refrescas la tierra,
calientas el sol,
y tejes las raíces.
El viento tiene un olor a manzanas
cuando recorres cantando los caminos. Hay vino
en la mesa cuando te sientas en medio de la tierra.
La guitarra pasa de una mano a otra cuando
te asomas a la noche estrellada, y peinas
el silencio con tus manos de luna. El día
vuelve pensando en que lo aguardas al crepúsculo.

El pescador se aleja sabiendo que tú te encargarás
de su casa. El campesino, el minero
cogen con gusto la herramienta cotidiana,
porque añoran tenderse cansados en tus brazos
fragantes. El mundo no vela con el arma en la mano,
porque nadie profana los campos sembrados
por temor de pisarte. Todos laboran y construyen,
porque los aviones no arrojan ni azufre ni fuego,
y vuelan llevando en el pico sólo briznas de hierba
para anidar en tus senos. Porque los aviones
no forman en escuadra para bombardear las ciudades,
sino que emigran en bandadas como las golondrinas, siguiendo
tus ojos

que giran como la primavera por toda la tierra.
Los niños juegan rodeándote en la ronda
y pisando tus vestidos bordados por el agua.
La madre está tranquila cuando mira sus hijos:
tú eres la maestra que los aguarda en la escuela,
tú eres la madrina que les trae juguetes.
No hay temor: los buques de guerra te traen cargada
de utensilios de labranza y cajones de libros.
Vacías las bombas y las llenas de semillas.
En la boca del cañón cultivas una rosa.
Al átomo lo unces a una inmensa esperanza.
Con el fusil apuntalas los árboles demasiado cargados.
Llenas de raíces los refugios subterráneos.
Izas las banderas sólo para orientar a las palomas.
En los tanques amontonas los sacos de cosecha.
Con la pólvora creas una nueva clase de polen.
Nadie quiere matar o destruir o quemar,
porque te bastas para amarlos a todos, porque
cada hombre lucha y se esfuerza soñando contigo.
Los cablegramas sólo traen tus saludos.
Los diarios sólo describen tu rostro.
El cartero no descansa con tus cartas de amor.
Y la esposa no lava uniformes guerreros
ni remienda camisas agujereadas por las balas.
En su artesa hay pañales que tú misma cortaste,
pantalones manchados de trabajo, delantales de niña
con tus iniciales, sencillos trajes de fiesta
para asistir a tus bodas
con el verano
fecundo.

Como los barcos en los cuales, de niño,
quise partir yo tantas veces hacia horizontes
infinitos, hacia países azules,
desde mi Constitución natal,
donde la vida fuera un sueño interminable
y no hubiera nada más que estrellas,
me encontré de pronto ante la fábrica
anclada en medio de una calle.

Yo quería partir desde mis puertos
hacia lugares donde el hombre
no me pudiera salpicar
con agrias partículas

de su faena cotidiana.

Hacia allá quise partir;

pero un día sacaron a mi padre muerto,
en una horrible angarilla de una casa
con grandes chimeneas como un barco,
que hacía sonar, indiferente, sus sirenas
para continuar el trabajo,
y dejar atrás sin pérdida de tiempo
a mi pobre padre ahogado en sangre:
era la fábrica que yo desconocía,
y que me recordaba los barcos de mis sueños.

Desde entonces ya no me interesaron
más los barcos que cruzaban a lo lejos.
Cada día yo me acercaba más a este otro,
a esta nave que navegaba sin descanso
en medio de mi propia calle,
y de la cual, una mañana,
lanzaron lejos a mi padre por la borda,
sin disminuir siquiera el rumbo.

Desde entonces ya no amé más lo lejano
ni quise mirar de cerca las estrellas
y renuncié a pensar en la amada de mi sueño:
había mirado el rostro espantado de mi padre
y a la fábrica con sus chimeneas encendidas,
con sus sirenas como largos sollozos,
con sus velas hinchadas de sangre,
que seguía navegando a mi lado
con la faena dirigida hacia la muerte.

Desde entonces ya no me interesó más
la lejanía ni el color azul del sueño.
Me encaminé a la calle, y me di cuenta,
que era como un océano sangriento,
donde navegaba sin descanso la fábrica,
entre el humo como un largo cuervo,
entre las sirenas como amordazados sollozos,
entre el rechinar de las poleas,
como un monstruo submarino
cuyas fauces masticaran día y noche
grandes pedazos de ciudad.

Desde entonces aceché este negro barco
que no iba hacia mi país maravilloso,

sino que permanecía donde mismo,
a pesar que sus sirenas anunciaban
cada día una nueva partida.
Los obreros como tristes tripulantes
cada mañana cruzaban sus umbrales,
y volvían a la tarde enfermos y agotados
con las redes vacías y la boca ulcerada.
Yo no podía comprender qué había
de atroz en su diaria travesía.
Yo me había imaginado que partir,
buscar otros horizontes, luchar,
era para volver transfigurado
y hablando la desconocida lengua
de la felicidad hallada.
Pero la fábrica arrojaba cada tarde
los funestos cargamentos de la muerte:
inmensos fardos de cansancio,
cajones repletos de desdicha,
enrarecidas bocanadas de dolor,
y se preparaba inmediatamente
para zarpar con un nuevo relevo.

Desde entonces empecé a odiar este barco
que persistía con crueldad en su rumbo,
que, mañana a mañana, partía
con los jóvenes más sanos del pueblo,
con la esperanza más dulce de las madres,
con el amor más puro de las novias,
con los frutos recién encendidos,
y volvía como un vendedor de esclavos
a pagar en tisis la hermosura.

Desde entonces es que lo aceché cada tarde
para ver si descubría
los lúgubres fantasmas
que lo gobernaban.

Desde entonces es que voy de puerta en puerta,
de piedra en piedra, de ciudad en ciudad,
convocando manos, frentes, pájaros,
caballos azules, corazones rojos,
tempestuosos ríos, campanas iracundas,

unánimes arpones, redes infinitas,
besos que no se dieron por la muerte,
dulces dedos de niños olvidados.

Desde entonces es que llamo y convoco
para que movamos este barco lóbrego
de encima del cieno y la injusticia,
y lo soltemos en medio del amor,
y subamos liberados a los hombres,
y pongamos rumbo a la vida verdadera
que resplandece en el fondo de nosotros
envuelta en áureas arenas.

Así es mi compañera.

La he tomado de entre los rostros pobres
con su pureza de madera sin pintar,
y sin preguntar por sus padres
porque es joven, y la juventud es eterna,
sin averiguar dónde vive
porque es sana, y la salud es infinita como el agua,
y sin saber cuál es su nombre
porque es bella, y la belleza no ha sido bautizada.

Es como las demás muchachas
que se miran con apuro en el espejo trizado de la aurora
antes de ir a sus faenas. Así es,

y yo no sé si es más bella o más fea que las otras,
si el vestido de fiesta le queda mal,
o la ternura equivoca a menudo sus palabras,
yo no sé,
pero sé qué es laboriosa.

Como los árboles,
teje ella misma sus vestidos,
y se los pone con la naturalidad del azahar
como si los hiciera de su propia substancia,
sin preguntarle a nadie, como la tierra,
sin probárselos antes, como el sol,
sin demorarse mucho, como el agua.

Es una niña del pueblo,
y se parece a su calle en un día de trabajo
con sus caderas grandes como las artesas o las cunas,
así es, y es más dulce todavía,
como agregar más pan a su estatura,
más carbón a sus ojos ardientes,
más uva a su ruidosa alegría.

hacia tu corazón, hacia tus ojos y tus labios.
Cógelo con los dientes y anúdalo en un beso,
sácalo de tus venas y anúdalo en un vientre,
agárralo de tu ser y anúdalo en un hijo,
pero nunca cortes de entre tus hermanos
este hilo azul y rojo del amor
que teje las primeras mariposas y las últimas
palabras, que remienda la primavera
y el dolor desgarrado, pero nunca lo cortes.

Toma su punta y extiéndela a través de los caminos,
introdúcela en las cartas, enrédala en los mástiles,
pero nunca cortes este hilo que te dió tu madre
en el cordón umbilical, este hilo infantil
con que encumbraste los primeros volantines,
este hilo que hacía sonar la campana de la escuela,
este hilo con que hiciste bailar el primer trompo
en el primer corro de amigos, este hilo fragante
que anudaba las trenzas de tu primer amada.

Nunca, nunca lo cortes, anuda el amor y sigue,
amarra con él todas las cosas como un ramillete
y ofrécelas al primero que pase, hazlo
blanco como el mimbre o azul como un verso,
agítalo con ansia como una lazada, hazlo
girar locamente como un arpón tempestuoso,
enrédalo entre los que te rodean como
un rayo iracundo, tómalo con fuerza
y amarra por detrás las manos injustas
después de castigar, anúdalo a tu pueblo oprimido
y hazlo convocar a la libertad y a la paz
como una campana de oro, tíralo y recógelo
amarrado a tu corazón como a un ancla,
pero nunca cortes este hilo de amor
que cuelga de tus dedos y se esconde en tu lengua.
Anúdalo y abraza, desanúdalo y sigue,
coge, recógelo, sin perder ni un segundo
porque es demasiado largo para toda tu vida.

Madeja del amor, estambre y anillo.
Madeja de igualdad, alambre y lluvia.
Madeja fraternal, cordaje y espiga.

Madeja de la paz, cabello y cintillo.
Madeja de esperanza, pecíolo y nervio.
Madeja proletaria, capilar y mina.

En tus brazos, en tu corazón, en tu canto.
Toma su punta y corre, toma su punta y busca,
que desde los cuatro puntos cardinales
avanzan hacia ti con las puntas restantes
para anudar el mundo con un nudo de rosa.

EL AMOR es todavía más simple que el hilo.

Enróllalo sin cuidado, hazlo una madeja.
Compártelo si quieres, hazlo un nudo de rosa.
Pide con él confiado, hazlo una red o un cesto.
Coge, recógelo, no temas extinguirlo,
no preguntes cuándo, no discutas cómo,
porque pende del sol como de una gran madeja,
y asoma de todos los rincones del mundo,
y lo teje el agua y lo desanuda el viento.

Es tuyo, apúralo, pero nunca lo cortes.
Ahueca las manos para que pase como el agua

LA NUEVA POESIA POPULAR

A Diego Muñoz e Inés Valenzuela

HAY UNA POESÍA con ojotas que no sale de los libros, sino que viene de la tierra misma, sino que asoma la cabeza enmarañada de un surco recientemente abierto, cargando canastos fragantes, y no pálidos papeles, para llenar la cultura lo mismo que a un mercado.

Viene tostada por el sol y endurecida por el frío, apartando mazorcas, y no líneas de tinta, recorriendo caminos, y no piezas cerradas, galopando en el viento, y no en los suspiros, derribando los rayos, y no el pensamiento.

Vestida, a veces, de minero, no llega fácilmente hasta nosotros como al salir de los labios, sino que surge malherida de la mina sangrienta, después de recorrer sin respirar leguas y leguas de infierno terrestre, donde el cielo es de carbón, y la luz es roja como las explosiones.

Pero canta, es imposible, no puede dejar de cantar como los tenaces martillos. No puede, es imposible, no puede dejar de sonar igual que los serruchos, es imposible: se detendrían las construcciones, se apagarían los hornos, se secaría el acero: es el ruido del hombre trabajando, es el correr de la sangre por las cañerías, es el fulgor de los ojos en las ampolletas, es el hachar veloz de los remos en el río, es el crugir de la tierra y el quebrar del agua, el rasgar del viento y el tocar del cielo, es el cantar del guitarrón!

Oh poesía proletaria, que cantas con el corazón golpeado por el hambre, y no por el perfume, que cantas con las manos heridas por los grillos, y no por las pulseras, que cantas con los ojos enrojecidos por el humo, y no por las lágrimas, que cantas estrepitosamente con las duras herramientas, y no con las palabras, que cantas llevándote dolorosamente las manos al pecho, y no a los bolsillos, que cantas con la boca desbordante de sangre, y no con mentiras, que cantas directamente bajo el sol y sobre la tierra, y no con disculpas, que cantas porque Pedro González se accidentó en el trabajo, y están hambrientos sus hijos, que cantas porque Abraham Jesús Brito ha muerto, y debe renacer para ayudarnos, que cantas porque Lázaro Salgado debe estar alegre para reconfortarnos en la lucha, que cantas porque Juan Segundo Plasencia debe tener fuerzas

para confundir a la injusticia, que cantas
porque Agueda, Sánchez, Ruz, y tantos otros
no pueden dejar de hacerlo, que cantas,
te enjugas la frente, pero sigues cantando,
te quitan la guitarra, pero escarbas en el viento,
te desalojan de la quarteta, pero te instalas en la calle, que
cantas
porque te es imposible
dejar de cantar.

CONSTITUCION DE MI CANTO

DE ALLÁ del Maule vengo. Soy un falucho
cargado de madera y de pescadores ahogados.
He dejado atrás Maquehua, Huinganes, Tanhuao,
hermanos pobres míos, guanayes tristes, echados
en fragantes rodela a la orilla del Maule.
Vengo calzado con caracolas negras
y apretado a mi pecho traigo un copihue rojo,
que es como la orgullosa herida de mi provincia pobre.

Mi abuelo es el Mutrún, indio ensimismado,
en cuyos brazos aprendí los puntos cardinales
y el lenguaje tumultuoso de los crepúsculos maulinos.
A sus rodillas gastadas por el mar yo subía,

y a su recio corazón de albatros me apretaba,
ante la vastedad del horizonte marino.
El me enseñó con su hercúleo brazo de piedra
a enrollar el tempestuoso hilo del viento,
a tirar de la red constelada de la noche,
a palpar el plumaje amenazante de los rayos,
a sorprender la lluvia entreabriendo las nubes,
a jugar con arcoiris y con barcos lejanos,
y a escribir sin palabras en una blanca gaviota.

Constitución, en tu Ventana de Piedra, dejé
mi infancia mirándote a los ojos,
dejé mi corazón como una ola a tu hermosura,
dejé mis labios susurrándote mi amor,
dejé mis brazos estrechándote la playa,
para que aunque me ausente o me haga viejo nunca
dejes de ser la dulce novia del Pacífico.

Yo estoy lejos ahora, pero cuando amanece
un día azul sé que tú me lo ofreces,
porque a los pies de tu casa marina
está el jardín del sol donde te destrenzas
y extiendes sobre el cielo la carta de todos los amores.

Carretas chanchas, astilleros, solitarios muelles,
caracolas y copihues, mar y selva, redes y barbechos,
inacabables serranías, marinos, zorros, uvas,
un río que baja desde el cielo hasta el hombre,
pero que no lo consuela y desemboca llorando.
Porque nunca en mi país se encontraron más cerca
el Edén y la miseria, las estrellas y las lágrimas,
la belleza y la tragedia, la luz y la ignorancia.

En el palacio verde de esta hermosa sirena
hay un surtidor sangriento que se llama La Foza.
En torno a él pescadores, campesinos y guanayes
mueren abrazados de hambre y desamparo.

A TIENTAS gano las frías barandas de la noche,
porque la noche es un puente en construcción
sobre el río del sueño,
a donde sólo vienen,
los que quisieron reparar la fortificación del sol
y los que tienen actitudes selladas
por rachas y metales.

A mí me gusta mostrar mi habilidad en las grandes empresas:
en construcciones hechas por peligrosos andamios,
en gigantescos estucos en la pared del alba,
en reparar con amor el cielo difícil de la tierra.

La jornada de ocho horas es demasiado pequeña
para mi argamasa de todos los anhelos humanos.
A mí me gusta moverme, cantando, de estrella a estrella,
de continente a continente, de estación a estación.

A mí me gusta, después de cada viga o estrofa,
apartar de mi frente todo el sudor del mundo.
Me gusta, después de cada puente terminado,
con los compañeros de mi tiempo,
sobre la imposibilidad y la amargura del hombre,
tenderme a dormir revisando su armadura dormida.

Pero tampoco soy ajeno a la saludable alegría del descanso,
y me lavo, entre los pájaros, la cara con rocío,
y devoro, entre los perros, el primer pan de las panaderías,
y saludo, entre obreros, la nueva jornada de la tierra.

PUEBLO, SE LLAMA EL NUEVO MEDIO SIGLO

POR TI, por tus cinco hijos, por tu novia triste,
es que nos reunimos, caemos, morimos,
pero volvemos a la mañana siguiente con otro nombre,
más jóvenes, más decididos, más eternos.

Caímos en la muerte, pero la muerte no pudo
resistirse a la belleza de nuestra esperanza,
a la verdad de nuestro amor, y nos abrió los brazos
para que la besáramos con la herida mortal,
y nos abrió la tierra para que la amáramos profundamente,
y nos dejó sin tiempo para que nada nos turbara,
y nos llevó al silencio para que nadie nos oyera,
y nos pudrió la carne para que no nos profanaran,

y nos cubrió con los brazos del olvido,
maternal y amante, mientras su vacío
se iba llenando como un vientre en el abrazo.
Y sus cuencas retenían la luz
para buscarnos a su lado en la sombra,
y su silencio quería sonar
para hablarnos de las hojas nuevas,
hasta que su inmensidad parió
esta nueva generación que es eterna,
porque es hija del amor y de la muerte.

He aquí el medio siglo que comienza.

¡Pueblo!, lo han llamado las estrellas,
y la tierra se siente orgullosa
mientras lo acuna en la mina o en la fábrica.

¡Pueblo!, dice el sol, y el agua escucha,
y la semilla cae al surco con apuro
para ir a comprar al despacho del tiempo
una eternidad de amor para el recién nacido.

¡Pueblo!, grita el viento, y el árbol se endereza
para aprender el nuevo nombre,
pero las hojas que ya sabían el feliz suceso
se ríen con verde risa por lo bajo.

¡Pueblo!, canta el mar, y el albatroz
se detiene en el cielo marítimo
para cambiar la rosa de los vientos
y hacer que todos los barcos se encuentren.

¡Pueblo!, ¡Pueblo!, y el camino no quiere
volver atrás con los que dudan,
y se aleja para contárselo a todos los recodos,
y no quiere volver a buscar a los que temen,
y no quiere aguardar al que discute,
porque quedan todavía
tantas gentes sin noticias.

INFORTUNADOS DIOSSES

PANADEROS, dioses blancos del alba,
con polvo de luna en los cabellos,
con gotas de rocío en el rostro,
y una estrella veloz en cada mano
para cazar el alma de la harina,
y en una sola noche hacer
la infinita existencia del pan.
Enharinados dioses, sin embargo,
el maravilloso poder
que habéis puesto a nuestro servicio
no os sirve para libraros del destino.
Y así quedáis ciegos en cualquiera mañana
frente a los mismos hornos que doran nuestra vida,
perdéis la mano que sostiene a los vuestros
en la misma sobadora que muele la dulzura,
caéis muertos de llevar tanta alegría

a los ojos del alba y de los niños.

Albañiles, dioses verdes del aire,
levantáis palacios, y olvidáis vuestro frío!
Poneís cimientos, y no sabéis dónde dormir!
Abrís tantas puertas, y no halláis dónde llamar!
Construís hacia el cielo, y abajo os aguarda la miseria!

Alfareros, dioses rojos del barro,
aprendisteis a cantar con los dedos,
a comunicaros con la greda muerta,
a contener el tiempo con tinajas y fuentes,
a vencer al otoño con pájaros pobres,
pero olvidasteis vuestra forma presente,
y vuestro rostro se requebrajó moldeando,
y vuestra muerte llegó anticipada
como si hubierais tomado de pronto
una parte vital de vosotros mismos.

Cómo amo la greda, la masa, la argamasa,
todas las mezclas que fabrica mi pueblo
con sus manos de dioses oscuros y pobres
para ponerle ojos de pan a las mañanas,
ladrillos vertebrales, rodillas de cemento,
y enaguas de madera a una casa de novia.
Cuánto amo la greda, al alfarero que pone
cántaros y fuentes cerca de los hombres
para que críen el agua y se rodeen de duraznos,
y alcancías, esos pájaros que arrullan la infancia,
alcancías, esas aves que no vuelven al bosque
y que acercan al hombre a la dulzura del canto.
Cuánto amo las cosas creadas por mi pueblo,
cuánto amo al panadero, al albañil, al operario,
y a su magia de viviendas oscuras
para parir una ciudad organizada
con alma de escuela y electricidad en las venas.
Cuánto amo la gracia de su salario mínimo
para darnos una puerta donde hallar
todo el amor, todo el descanso, toda la dicha.
Cuánto amo su aptitud de pureza y esfuerzo
para poner un ladrillo en su tragedia,
una viga en su cansancio, un armado en su desdicha,
si éstos crecen y besan el rostro de la Patria.

QUIERO hablar de lo más simple y necesario en la forma más clara y en pocos renglones para que no os detengáis en medio de vuestro trabajo. Hablar de la selva rumorosa, pero aserrando tablas con que hagáis un alero en el invierno, o una mesa para que os arriméis en el descanso, o al menos quiero que os sirváis de mi aserrín azul para emparejar el piso de vuestra vivienda.

Hermanos míos, yo soy claro y esencial, porque me limitan vuestras mismas sirenas, y no me pierdo en abstracciones ni me hundo en la muerte, porque me despierta el sonido de vuestras herramientas,

y me empujan, me hacen tambalear a cada rato,
vuestros titánicos esfuerzos para ganarse el sustento.

Entendámonos. Golpead vuestro yunque,
al mismo tiempo que yo golpeo mis palabras.
Revolved vuestra argamasa consistente,
al mismo tiempo que yo mezclo sangre y esperanza.
Encended vuestros hornos, preparad vuestras redes,
al mismo tiempo que yo dialogo conmigo mismo.
Afilad vuestra azada, aperad vuestro barco,
derramad las semillas, enjugáos la frente,
al mismo tiempo que yo me azoto en el viento,
y ruedo con mi corazón, y me astillo la frente,
y sangro virutas y transpiro rocío.
Aceitad vuestras máquinas, mientras yo tomo aliento.
Ajustad las correas, mientras yo escucho mi sangre.
Cambiad órdenes, pasad de un puesto a otro,
mientras yo voy de océano a llanura.
Trabajad, mientras medito y escribo.
Y descansad, terminad otra jornada,
juntáos con vuestros humildes familiares,
que yo seguiré escribiendo y meditando,
que yo entraré en la faena de las estrellas duras,
que yo lucharé con el mar como una rompiente,
y dinamitaré cerros para extender la esperanza,
y molere luna para el pan de mañana,
y soldaré los rayos destrozados del sol,
y revisaré todos los frutos y todas las raíces,
y daré vueltas las semillas en su lecho de agua,
y herraré los verdes corceles de la primavera,
y cantaré en medio de vuestra noche cansada
para restituir vuestra sangre y vuestra alegría,
y para conjurar a todos vuestros agrícos enemigos,
y para que un día cualquiera encontréis
la libertad y la paz a vuestra puerta,
como un árbol cuyas raíces hubieran levantado
todas las canciones y la riqueza del mundo.

AH SI COMPRENDIERAS, cómo sería
de hermosa la vida. Alzaría sus ojos
sin ojeras malsanas ni rincones con tísicos.
Palparía de metales a luna
entre tus brazos, de calle a bandada.
Dejaría la fábrica o la mina
para que tú hundieras con amor
la mano del descanso en su dulce cabellera,
y volvería cantando a su quehacer
con las huellas del pan y de los besos
en su rostro enamorado de esperanza.
Dejaría el sueño abierto en la página más pura,
y le pondría al alba la camisa florida,
y le agregaría al sol algunas gotas
más de aceite, de paz y de confianza,
antes de irse a sus trigales niños,

a sus minas insomnes, a sus edificios despeinados,
a sus barcas lavándose en el río,
a sus aserraderos bostezando resina,
a sus usinas deslumbrantes de acero,
a todos sus hijos procreados por ti
y abandonados más tarde a su mísera suerte,
al olvidarte tú del más elemental
de los deberes que tienes con la vida:
el de amarla y engrandecerla,
el de comprenderla y dignificarla,
el de defenderla y libertarla,
el de vivirla y realizarla,
el de cantarla y alegrarla.

La vida, lo que sostiene tus raíces,
lo que enciende tus ojos, lo que llena tu pecho,
lo que endulza tu boca, lo que riega tu voz,
lo que sabe tu libro, lo que enseña tu mano,
lo que pide tu amor, lo que sufre tu anhelo,
lo que moja tu sueño, lo que forma tu anillo,
lo que besa tu frente, lo que aroma tu mesa,
la vida, lo único que no le debes a la nada,
la vida, lo único que comprendes en el tiempo,
la vida, lo único que madura entre tus huesos,
la vida, lo único que te defiende de la muerte.

Pero tú la rehuyes y, a veces, la golpeas
dejándola en el suelo, pero, ella, tu madre,
tu respiración, tu alimento, tu soporte,
te perdona: está en ti y más allá de ti,
en otros hombres que ignoran tu existencia,
Pero ella no quiere perderte, a ti, al más pequeño,
al que tiene verde solamente una hoja,
al que tiene un gancho podrido y otro amenazado,
al que conserva sólo un grano de polen
en un desierto de odio. al que tiene
sólo una gota dulce en un mar orgulloso,
no quiere negarte, porque, ella, la dulce, la vida,
ama hasta las semillas que producen los cardos
con que araña la tierra sus manos después,
para dejar que sus flores alegren el camino
por donde has de pasar algún día
pensando y comprendiendo.

CONSTRUCCION

ME RODEA un coro de herramientas. Mi sangre corre golpeada en el corazón y en las sienes con un grito de materia dominada. Siento que me elevo con el ala derecha de un edificio a medio hacer. Canto de alegría y de madera como un ave de alas tijerales y de patas de cemento.

¡El viento es muscular y de esperanza.

¡El sol es de sudor humano.

¡El tiempo es de jornada o primavera.

¡La tierra es de vientre fecundado.

Yo palpito con todos los obreros:
mis brazos amantes y andamiales
rodean la cintura de la Patria.
Mi caricia rueda por su cuerpo oloroso
como una larga palada de cemento,
mis besos se hunden en su boca como clavos,
mis ojos se ciegan con el resplandor
del zinc rizado de su cabellera,
mi oído siente su estremecimiento
cuando una nueva carretada de argamasa
le construye una pared o un brazo,
o muchas manos le hacen un armado
de huesos y de vigas paralelas
para envolverlo en madera cutánea.

Canto. Mi pecho está lleno de amor
como el interior de este edificio
está lleno de martillos y de obreros.

Canto. Mis ojos se humedecen
lo mismo que sus torsos desnudos
cuando los cubre el sudor,
que es como la ternura presente
de la esperanza lejana.

Construcción de mi país, aun no conozco
tu rostro, pero mi amor lo adivina.
Te estucarán con su propia vida
los que ahora levantan tu esqueleto,
¡y su vida es tan pura y tan sencilla!
Te pintarán con el color de sus anhelos,
¡y sus anhelos son como las hojas!,
porque su alma es verde como el musgo
a pesar de su oscura pobreza.
Te construirán para que anides
los nuevos hijos de la Patria
que conocerán la paz y la alegría.
Te construirán para que anides
la verdadera primavera,
como ellos anidaron la pólvora y el llanto,
la harina y los piojos, la argamasa y la tisis,
mezclas sombrías, substancias dolorosas,
que han formado el germen
feliz del futuro.

RECONOCIMIENTO

ME DEBO a todos ustedes.
Cada uno de vosotros me entregó
a su tiempo: la tierra, el agua, el polen.
Y he crecido mientras mi madre pobre
doraba el pan de cada día
en el humilde horno de barro.
Y mientras mi padre, después de la faena,
me acariciaba rudamente
como enderezarle las ramas a un árbol,
y me regaba con su sabiduría,
enseñándome a leer en las cosas más simples
que ilustran la historia de la tierra.
Enseñándome a sumar con manzanas

fragantes, con mazorcas, con piedras,
y a multiplicar en la pizarra del cielo
con las primeras estrellas del crepúsculo.
Enseñándome a mirar largamente el océano,
a nadar venciendo los escollos,
y a cantar en el coro del alba.

Me he ido haciendo hombre, sintiendo
cómo a mi lado, a pesar de su miseria,
alguien me prepara una cama en su choza
repleta, alguien me arrima una piedra
a su mesa agotada, alguien quiere que entre,
a pesar de su duelo, para saber de mis males.

Nunca ha faltado en la tierra más árida
un amigo que comparta conmigo
su riego, un hermano que se pare ante mí
como un rayo a través de sus lágrimas,
un niño que venga a mis brazos
como una hoja más verde que todas las promesas.

Nunca ha faltado en la noche más negra
una mano que me toque de pronto
como si se hubiera adelantado la luna;
en el camino más peligroso y más largo,
nunca ha faltado una carretela
con un farol como una estrella imprevista
que bajara y que quisiera llevarme.

Así he crecido, sintiendo
cómo a mi lado, el odio no ha podido
morder todos los granos, escupir todas las hojas,
aplastar todos los cantos, cerrar todas las puertas,
prohibir todos los pájaros, clausurar todos los días.
Y el hombre me ha llamado, aún sin conocerme,
para entregarme sus dos manos llenas.

Todo lo he aprendido de vosotros.
Habéis estado desde la primera página
con mi madre amasándome el cuerpo,
con mi padre regándome las venas,
con mi hermana floreciéndome alguna camisa,

con mi amada descubriéndome la luna,
extendiéndome la playa, mostrándome los barcos,
con mi amigo ofreciéndome el vino,
contándome el viento, afinándome guitarras,
con mi pueblo dándome la vida,
mostrándome las redes, abriéndome la fábrica,
contándome el dolor, pero inscribiéndome
en la esperanza como en una familia,
y poniéndome en doble fila de lucha
como en el río que besará la victoria.

HERMOSURA, DOLOR Y ESPERANZA DE LA TIERRA CHILENA	9
EL PAN	11
MISERIA	13
ARTE POETICA	15
LANZAMIENTO EN INVIERNO	17
ODA AL BURGUES	19
TUBERCULOSIS	21
LOS DESHEREDADOS	25
EL ODIO	27
LA PUREZA POBRE	29
EL LIBRO DE LA VIDA	31
NO ESTOY EN PAZ CONMIGO MISMO	33
LOS DECADENTES	35
CIRCULAD, CIRCULAD	37
LAS CUENCAS DE CHILE	41
COMO LA MUERTE DE LOS ARBOLES	43
GENERACION	45
MAPOCHITO, EL VIEJO BARRENDERO	47
DIOS MAL DISFRAZADO	49
ELEGIA POR EL PAN COTIDIANO	51
PADRE NUESTRO	53
HOMENAJE AL DIARIO "EL SIGLO"	55
ODA AL CAMPESINO	57
LOS DIAS SE CONFABULAN CON LOS DIAS	59
NO PUEDO CALLAR	61
LOS VENCEDORES DE LA MUERTE	67
UNAMONOS	69
MITIN	71
LA PIEDRA DEL PUEBLO	73
MADRE PROLETARIA	75
EL BRAZO EN HOZ	79
LA FAMILIA PROLETARIA	81
AGUARDANDO LA LIBERTAD	83
EL NUEVO DIA	87
ESPERANZA	89
MIMBRE Y POESIA	91
CANTO A LAS MADRES, A LAS HERMANAS Y A LAS NOVIAS DEL PUEBLO	93
DESCRIPCION DE LA PAZ	95
EL BARCO NEGRO	97
LA COMPAÑERA	101
EL HILO DEL AMOR	103
LA NUEVA POESIA POPULAR	107
CONSTITUCION DE MI CANTO	111
ALBAÑILERIA NOCTURNA	113
PUEBLO, SE LLAMA EL NUEVO MEDIO SIGLO	115
INFORTUNADOS DIOSES	117
ARMONIA VITAL	119
LA VIDA	121
CONSTRUCCION	123
RECONOCIMIENTO	125

Efraín Barquero agradece a Mario Carvajal, a
Wáshington Domb, a Naum Masel, y a la
Impresora Alfa, que hicieron posible esta
edición. 13 de Diciembre de 1954.

